

CRISTIANDAD



SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

REVISTA QUINCENAL

Suscripción	}	Anual	100 ptas.	}	Número ordinario	5 ptas.
		Semestral	50 »		Encuadernar.	25 »
		Trimestral	25 »		Tomo encuadernado	125 »

Industrias Riera Marsá

Productos Alimenticios
Harinas Industriales
Féculas



BARCELONA :
Hipólito Lázaro, 21 - Teléfono 25 15 71

MADRID :
Blasco de Garay, 37 - Teléfono 23 38 07

Hijo de Manuel Vallhonrat

FABRICA DE GENEROS
DE PUNTO



Almac. y Dpcho.: S. ANTONIO, 39
Fábrica: GARCIA HUMET, 40
TELEFONO NUM. 1832

TARRASA

Católico:

Despierta y milita

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SV SAGRADO CORAZON

“¿Desde cuándo tiene la caridad por límite las fronteras de Africa?” (San Agustín)

Tengamos el valor de decirlo: toda crisis del cristianismo es una crisis de caridad. Todo falta cuando falta lo esencial, y donde no hay amor no está Dios.

Vivimos en un siglo amante de sutilezas. Así como en medicina los remedios se multiplican de manera inquietante, y se procura embotellar y convertir en drogas los viejos aliados de la naturaleza: el aire, el sol, el agua, no faltan tampoco en el plano espiritual los curanderos que fabrican pociones con sabias mezclas de un evangelio pulverizado. Las verdades sencillas nos gustan tan poco como los remedios sencillos, a la manera de aquella enferma que riñó con su médico porque había tenido la audacia de mandarla al campo sin prodigarle medicinas caras; a la manera de aquel médico que, apurado por su paciente, le prescribía dosis complicadas de... H₂O.

Existe un agua para la sed del cuerpo; existe también una sed del alma, abalanzada hacia esta fuente que eternamente brota y que no pide otra cosa que darnos de sus aguas vivas. Todo malestar espiritual nace siempre junto a las cisternas en que esta agua viva queda encarcelada.

Tenemos menester de verdades simples y esenciales; nuestras almas tienen sed de agua viva. En lugar de vagabundear por la periferia del Evangelio, ¿por qué no nos decidimos a explorar su corazón, las raíces mismas del árbol frondoso del que somos habitantes estériles? Ese grano de mostaza de prodigioso desarrollo, ¿dónde lleva su fuerza y su secreto?

«¡Oh verdad antigua y siempre nueva!», exclama San Agustín. Ah, sí; en el plano espiritual, no cabe vivir de renta. Cada generación debe conquistar de nuevo, en áspera lucha, la única verdad, para hacerla suya, para transformarla en sangre y alimento; en una palabra: para encarnarla. Nadie está dispensado de este viaje de descubrimiento. Dios nos solicita y hay que responder mal que nos cueste.

Y ante todo, ¿Qué has hecho de tu hermano?, nos pregunta.

He ahí una cuestión que nos sorprende un poco, pero que pronto nos tranquiliza.

Pues, Señor, nos apresuramos a responder, yo no lo he matado, no le he robado, no le he engañado, no le he calumniado. Alguna pequeña maledicencia, de vez en cuando, ¡es tan poca cosa! El inventario de mi conciencia es más bien satisfactorio. No soy uno de esos malvados que se complacen haciendo mal. Mas, en este caso,

¿de dónde procede este sentimiento de vacío y frío interiores, algo que en mí se inquieta y reclama esta alma profunda en mí que parece ser vuestro cómplice, Señor?

Ningún Angel vendrá a traerme la respuesta. De una vez para siempre hace dos mil años fué inscrita en el tiempo con letras de eternidad. Abramos este pequeño libro respetable y polvoriento al que con frecuencia preferimos ciertas mezclas aguadas y dulzonas: quiero decir el Evangelio, San Mateo, capítulo XXV. Leamos atentamente los versículos... Tomémonos la molestia de reflexionar un momento...

Como sorpresa, no es poca. Yo estaba viviendo, Señor, en la beata convicción de que me pediríais cuenta del mal que he hecho; ¡y he ahí que veo, no sin cierto estupor, que me juzgaréis acerca del bien que habré dejado de hacer! Pero hay más que esto, Señor. Vos mismo sois la víctima de este bien no realizado. A través de mi hermano agobiado, a vos mismo he herido en pleno corazón. Vos mismo, por mi culpa, tenéis sed, tenéis hambre, languidecéis en el abandono de una mazmorra, de un hospital; vos mismo tembláis de frío bajo los harapos de este mendigo, a vos mismo hago sufrir en mi hermano, ¡oh adorable Maestro!

Mas si es así, ¿será mi prójimo un sacramento?

Presencia de mi Dios invisible bajo las especies —raramente amables, siempre penosas— de esta presencia visible. Dios presente en mi hermano, tomando a cuenta propia el bien que hago lo mismo que el bien que dejo de hacer... Nuestras conciencias anémicas a fuerza de fórmulas inofensivas («Dios no nos pide tanto». «No hago daño a nadie»), ¿son capaces todavía de penetrar estas robustas verdades de las cuales vivían, literalmente, los primeros siglos cristianos? Se discurre sobre la doctrina del Cuerpo místico de Cristo; ¿cuántos, entre nosotros, se atreven a sacar de ella consecuencias prácticas? Pongámonos en el lugar de estos fieles de Hipona a los que San Agustín rehusaba la comunión si habían faltado a la caridad; sin duda tomaríamos muy a mal si nos dijera: «¿Te atreves a besar a tu Amigo en la boca, al tiempo que le aplastas los pies? Los pobres son los pies de Jesucristo; para poder tener parte en su banquete (eucarístico) respeta, lava, unge sus pies.» ¡Qué criterio para la comunión frecuente, cotidiana incluso! Tan sólo recibe dignamente a Cristo quien le ama en sus hermanos.

Crisis de caridad es crisis de cristianismo: atrevámonos a formular el diagnóstico. Atrevámonos a denunciar el mal, el mal verdadero. El mundo muere de hambre y

EDITORIAL

sed, el mundo muere de frío. Cuando el amor está ausente, todo falta. La desbandada de valores cristianos que presenciamos no tiene más que una causa, en realidad: el habernos negado al amor, el habernos negado a Dios.

¿Nos interesa hacer un ensayo, hic et nunc? Propongámonos sinceramente, honradamente, lealmente, una simple pregunta: ¿cuáles son las acciones verdaderas, totalmente desinteresadas que he llevado a cabo hoy?, ¿la semana pasada?, ¿desde hace un año?, ¿durante toda mi vida?

Si no hacemos trampa con nosotros mismos (¡con qué tristeza el Papa Pío XII denunciaba la deformación de las conciencias!), si nos atrevemos a ver claro a la luz inexorable del Espíritu, no podremos menos de quedar sorprendidos, y aun espantados, del escasísimo número de actos verdaderamente buenos, es decir, libres de todo móvil interesado, que hemos realizado a lo largo de la vida. Diríase que la verdadera caridad, que sirve a Cristo en nuestros hermanos, es monopolio de los Santos.

Y con todo, ella es objeto de un precepto del que nadie está dispensado.

¿Qué tiene de particular que el cristianismo se vuelva soso, si no nos amamos ya unos a otros como Cristo QUIERE que nos amemos?

«Le malheur c'est qu'il n'y a plus rien de gratuit parmi les hommes», exclama Claudel. El amor que culmina en don, que se enriquece justamente dando; el amor que tiene a Dios por autor y por origen y que florece para los demás en un puro altruismo, en el total olvido de sí, ¡Dios mío!, cuán escaso es y cuán bello.

¿Es, pues, una cosa tan difícil?

La mayoría de nosotros vive a puerta cerrada. Es preciso haber explorado el infierno del egoísmo para comprender cuán amarga es esta prisión. Haced la prueba: los que viven su vida confortablemente en su rincón (mientras que, a lo lejos, ruge tal vez la tempestad); los que se han asegurado herméticamente contra toda irrupción del prójimo, los que depravan su conciencia con un «no hago daño a nadie»; todos estos cristianos «practicantes» y «conformistas», que se parecen como dos gotas de agua al fariseo del Evangelio, os confesarán cándidamente que no; que no son felices.

¿Queréis encontrar alguien que sea feliz, verdaderamente feliz? Acudid a los Santos. No solamente a los Santos «catalogados», quiero decir, canonizados o en vías de serlo, sino a la turba magna de los amigos de Dios de todas las razas y de todos los tiempos; tal vez alguien que hemos cruzado hoy mismo en la calle.

No hay dos iguales: Dios no se repite. Pero todos resplandecen de este gozo interior que no miente y que rebosa felicidad. Ahora bien: el santo es, por definición, un hombre que da y que se da. Alguien despojado, consumido, entregado. Paradoja viviente, prueba tangible de que el que da tiene, pero que a aquel que guarda su peculio y su alma (como un avaro su caja de caudales, como la buena vieja su peculio), pues bien, a éste tarde o temprano todo le será quitado.

Si quisiésemos aprender el Evangelio en estas vivientes lecciones de cosas que son los Santos que hay en medio de nosotros. Mas con esto hemos llegado al punto neurálgico.

Tal lector o lectora se rebela: ¡no todos han sido llamados a la santidad!

¡Ay! Esto es precisamente lo que una piadosa literatura intenta en vano esconder bajo el celemín, para librarnos del vértigo. Ya que, como perfecta caridad, la santidad es un precepto del que nadie está dispensado. No todos están llamados a una santidad «oficial», pero todos lo están a la santidad de hecho, que no es otra cosa que un misterio de amor. Mas quien ama canta, dice San

Agustín. El amor es una fuente de felicidad y de gozo. Al cerrarle la puerta, nos condenamos a las peores tristezas, a los más negros desánimos.

Hémos ahí pensativos. Esta breve ojeada acaba de mostrarnos que nuestro activo es singularmente escaso. Si nuestro cristianismo se mide por nuestra caridad; si este prójimo que está junto a nosotros es su prueba y su criterio; si es por él que el Maestro me interroga y espera mi contestación; si es en él en quien yo amo a Dios, entonces, Señor, hay que revisarlo todo y mucho me temo que mis exámenes de conciencia me dejarán menos satisfecho en adelante... Pero antes de hundirme en el abismo de mi miseria descubierto de repente, me agarro como a un clavo ardiendo a una última escapatoria. Vos tomáis por cuenta propia mi amor al prójimo. Mas, ¿quién es mi prójimo? Mi familia, desde luego. E incluso la gente de mi casa, comprendida la buhardilla. Llegaré a decir: toda mi calle. Y mi barrio. Quien sabe si mis compatriotas. ¿No basta con esto? Toda directiva prudente ¿no es siempre circunscrita? ¿No hay que contar con los límites de nuestra naturaleza? El Samaritano de Perpiñán, de Berlín o de Moscú, ¿merece también que yo le considere como prójimo? ¿No vais a admitir, Señor, restricción alguna para este amor, en verdad demasiado exigente, que se burla de los límites y fronteras? Así es, en efecto; recuerdo la famosa parábola de que nos habla San Lucas. Pero hace falta aún saber lo que yo puedo hacer desde aquí por este prójimo demasiado lejano y por lo mismo inofensivo. Un prójimo teórico a quien no podría dar, aunque quisiera, un pedazo de pan...

La voz inexorable me persigue: ¿No puedes darle por ventura el pan de tu alma, tu oración?

San Agustín (decididamente, no hay modo de hablar de caridad sin topar con él), San Agustín previene en gran manera a sus ovejas contra esta especie de caridad local que no se preocupa de lo que ocurre más allá de su ámbito. Los bárbaros amenazan Roma, paralizada por el miedo. Olas de refugiados invaden las provincias pilladas, saqueadas, sumidas en la más espantosa miseria. En Tagaste, en Hipona, se está alerta... El peligro parece remoto; se respira. Acordémonos de ciertos sentimientos inconfesables en tiempo de guerra, al sentirnos preservados y al abrigo de la matanza universal. ¡Qué suerte que Moscú esté lejos, pensamos! ¡Qué suerte que entre nosotros y los bárbaros esté el Mediterráneo, se decían los habitantes de Hipona! Mas he ahí que San Agustín se yergue con toda su grandeza; el pueblo se estremece al oír su voz, llena de indignación: «¿quiénes son estos desgraciados que se atreven a poner límites a la caridad? ¿Por ventura la provincia de Africa es lo bastante grande como para circunscribirla? «Et nescio quis in Africa ponit fines caritatis!» Esta virtud real tiene las dimensiones del mundo, y no hay miseria alguna, material o espiritual, que no deba herirla en lo más vivo. No hay miseria que no puedas aliviar. A donde no lleguen tus manos cargadas de limosnas, llegarán sin duda los brazos de tu oración. Compensa lo que falta al socorro material con el socorro espiritual. «Cum angustiantur vasa carnis dilatentur spatia caritatis.» El pobre engorda con tu ayuno. Tu oración puede salvar al hermano distante. Siempre tienes algo que dar, siempre puedes dar algo. No es cristiano quien no acomoda su corazón a la medida del mundo entero, quien no se siente responsable del universo...

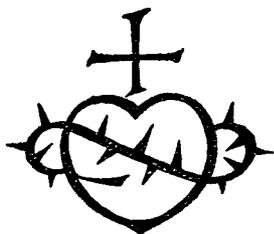
La llamada del gran Doctor es de una singular actualidad. Sería preciso ser ciego para no ver que en este momento Dios está examinando al mundo por el fuego de la prueba. Los valores esenciales están en contingencia, se imponen opciones decisivas. En las tres cuartas partes del globo el solo hecho de ser cristiano es a menudo un peligro e incluso una invitación al martirio. El infortunio

de nuestros hermanos innumerables y lejanos ¿va a encontrarnos adormecidos e inactivos? ¿No es hora ya de confrontar nuestra caridad con la magnitud de estas desgracias que la solicitan? Nuestra carencia con respecto a estos prójimos inaccesibles, ¿no viene tal vez de ciertas claudicaciones —disimuladas con mil excusas— respecto de nuestros hermanos inmediatos? Para saber dar el pan del alma es preciso haber aprendido antes a compartir el pan del cuerpo, así como la limosna material que no va

acompañada de limosna espiritual es muy poca cosa. Porque la caridad es don, y todo don desposa, por este acto sacrificial que colma más allá de toda medida, ya que no podemos dar sin dar a Dios, fuente y fin de toda felicidad.

San Juan de la Cruz no hizo más que parafrasear el Evangelio cuando dijo: «A la tarde te examinarán en el amor.» El amor de Dios «Y» del prójimo; el amor de Dios «EN» el prójimo, el solo, el único amor.

MARYSIA WINOWSKA



«Adveniat Regnum Tuum»

OCTUBRE:

Que la palabra de Dios se anuncie rectamente y se reciba con espíritu de fe

Dos partes contiene esta intención: una de ellas se refiere a los predicadores, la otra a los fieles. No estará de más recordar las normas a que debe sujetarse la predicación del Evangelio, porque estas normas interesan no sólo a los sacerdotes, sino a todos los fieles, ya que éstos, sabiendo lo que la Iglesia exige a sus predicadores, estarán mejor dispuestos a recibir su palabra.

I. Requisitos para anunciar debidamente la palabra de Dios

1. Que el predicador tenga misión canónica. Para que alguien pueda predicar competente y legítimamente, la Iglesia siempre ha tenido como condición esencial lo que se dice en el canon 1.328: «A nadie es lícito ejercer el ministerio de la predicación sin haber recibido del Superior legítimo esta misión dándole particular facultad para ello o confiándole un oficio que según los sagrados cánones lleve anejo el cargo de predicar.» Porque al dar la Iglesia esta misión al predicador le reviste de autoridad, de tal manera que pueda él con derecho exigir que los oyentes crean en su palabra. Además esta misión conferida al predicador es para los oyentes una como garantía o certificado de que anuncia la doctrina de la Iglesia, es decir, la verdad revelada. Importa mucho, por lo tanto, que los fieles entiendan bien el sentido y la fuerza de la misión canónica.

2. Que anuncie el Evangelio. Porque para esto, y sólo para esto, se da al predicador la misión canónica; es decir, para que anuncie a los hombres las verdades reveladas por Dios, o como dice el canon 1.347, párrafo 1: «En los sermones sagrados hay que exponer, sobre todo, lo que conviene que los fieles crean y hagan para salvarse.» Por consiguiente, hay que desechar en la predicación las cosas totalmente profanas, sobre todo las políticas (S. C. Consist., Normas acerca de la predicación, 28-VI-1917; AAS, 1917, 328 ss.).

3. Que el Evangelio se anuncie dignamente. «Los predicadores de la palabra de Dios absténganse de argumentos profanos o abstrusos que excedan la capacidad común de los oyentes, y ejerzan el ministerio evangélico no con palabras persuasivas de sabiduría humana, no con profano alarde y ostentación de vana y ambiciosa elocuencia, sino con la manifestación del espíritu y de la virtud, no predicándose a sí mismos, sino a Cristo crucificado» (canon 1.347, párrafo 2). Estas palabras del Derecho Canónico contienen dos preceptos reiteradamente inculcados por la Iglesia: el sermón sagrado debe adaptarse a la capacidad de los oyentes, y debe hacerse con intención pura; ya que el predicador no debe buscar más que el honor de Dios y la salvación de las almas.

4. Que la predicación responda a las necesidades de los tiempos. Esta adaptación a las necesidades actuales se refiere no sólo a la materia, sino también a la forma. Debemos responder a las cuestiones que interesan ahora a los hombres para que vean que el Evangelio tiene hoy la misma actualidad

que en tiempo de los Apóstoles. Asimismo el estilo debe acomodarse a la manera de pensar y hablar de nuestro tiempo, pero sin que por ello se resienta la dignidad y unción de la palabra de Dios.

II. Como deben recibir los fieles la palabra de Dios

De las condiciones que se exigen al predicador para que anuncie rectamente el Evangelio, se deduce la disposición de ánimo con que los oyentes deben recibir la palabra de Dios. Lo que se predica son verdades que no se pueden alcanzar con las fuerzas meramente naturales del entendimiento, son verdades sobrenaturales que sobrepujan mucho la fuerza del entendimiento humano. Deben, por lo tanto, recibirse con espíritu de fe para que penetren en el entendimiento y ejerzan su influjo en nuestra vida. Ahora bien, este espíritu de fe requiere del auditorio tres condiciones:

1. Prontitud para creer. — El que quiere oír la palabra de Dios con fruto no la debe escuchar con espíritu crítico o de duda, sino que debe creerla firmemente, ya que la Iglesia por su magisterio infalible nos propone las mismas verdades reveladas por Dios, que es la misma verdad, que no puede engañarse ni engañar. Además, debe estar dispuesto a hacer lo que Dios pide, porque la fe sin obras es una fe muerta.

2. Limpieza de corazón. — Es ésta una condición harto menospreciada. La fe no es un acto exclusivo del entendimiento, sino que influye mucho en él la voluntad y aun la misma disposición del hombre. Como se indica muchas veces en el Nuevo Testamento, la incredulidad proviene de la mala disposición de los oyentes. Para abrazar las verdades de la fe y conocerlas más profundamente, es necesaria, sobre todo, la limpieza de corazón, que consiste en el estado de gracia y en la seria voluntad de progresar en la virtud, o al menos en la verdadera contrición de los pecados cometidos y el firme propósito de enmendarse. En el hombre que conscientemente permanece en pecado, la fe no produce fruto ninguno y la misma capacidad de entender las cosas espirituales y el gusto de las sobrenaturales se van poco a poco disminuyendo hasta el punto de languidecerse la fe y extinguirse por fin totalmente. Debemos recalcar mucho este punto en nuestras predicaciones. Porque la razón fundamental de la tibieza en la fe es mucho veces la falta de una seria voluntad de enmendar la vida.

3. Humildad. — Para disponerse a creer, la humildad tiene tanta importancia como la limpieza de corazón. El motivo central de nuestra predicación es Cristo crucificado, la locura de la cruz. Ahora bien, para creer tan sublime locura y someterse a lo que dijo e hizo Jesucristo, se necesita mucha humildad de corazón. El que humildemente y con gran reverencia recibe la palabra de Dios se abre el camino para entender y saborear más y mejor las verdades de nuestra religión.

3 de Octubre. Santa Teresita del Niño Jesús

LA MADRE INES DE LISIEUX

Por la «Historia de un alma» hemos aprendido todos a conocer, a amar y a venerar a Paulina, «la Madre Inés», y a sentir hacia ella una admiración y una gratitud inmensa.

Ha muerto la Madre Inés de Jesús: la maestra, la educadora, la confidente, la depositaria, la intérprete de Santa Teresita del Niño Jesús. Esta grande y fidelísima carmelita nonagenaria ha muerto en sábado; ciertamente la Santísima Virgen la ha llevado ya al Paraíso. Y en el Paraíso ha encontrado a Santa Teresita.

No son sueños, no son puras fantasías. Como en la tierra las criaturas, partícipes de la bondad divina, dan y reciben, y no hay criatura alguna que no dé y no reciba de las otras — desde la piedra que nos sostiene, hasta la madre que nos da la vida y el maestro que nos da la verdad — así en el Paraíso, tanto más cuanto que hay allí la plenitud de la vida y del amor: los bienaventurados dan y reciben inefablemente, y en cierto modo se comunican unos a otros los tesoros de la eterna Sabiduría. Así Santa Teresita, que aprendió de Paulina a conocer y amar a Dios, y a Paulina, “la Madre Inés”, confiaba en la tierra sus progresos gigantescos en el camino del eterno amor; que finalmente la precedió al Paraíso, en estos días ha acogido en él a la Madre Inés y le está diciendo aquello que aquí en la tierra “con la palabra que empieza y acaba” no le había podido todavía decir. ¿¡Qué será!?

Por la “*Historia de un alma*” hemos aprendido todos a conocer, a amar y a venerar a Paulina, “la Madre Inés”, y a sentir hacia ella una admiración y una gratitud inmensa. Hemos entrevistado su vigorosa inteligencia, su voluntad generosa, su ardiente corazón. Algunos de nosotros hemos recibido la gracia de conocerla personalmente. La recuerdo en una ocasión, en octubre de 1935, llena de caridad y de sólida sabiduría. Recuerdo, hace ahora poco más de dos años, que a propósito de cierta conferencia sobre la Santa me escribía de su propia mano: “Habéis hablado bien de nuestra Santa hermanita, también vuestra verdaderamente.” Pero, sobre todo, vuelven a la mente sus relaciones con el Templo de Anzio, especialmente por medio del venerado padre Guillermo, de santa memoria. ¡Vuelve a la mente el don inestimable de las reliquias enviadas a Anzio, su corona del Rosario, el Crucifijo!

No son sueños, no es fantasía. Ahora en el cielo — allí no tiene la memoria límites de tiempo ni de espacio — Santa Teresita y la Madre Inés hablan aún de nosotros, del Santuario de Anzio y de cuantos están con él ligados; bienhechores, o mejor, beneficiarios, de aquel santuario que consagrado el primero de todos desde su primera piedra a la Santa, quiere ser incesantemente cántico de acción de gracias y de plegarias a Dios, a sus Santos, a la vez que nos recuerda a nosotros las enseñanzas de Teresita.

Santa Teresita tiene una misión singular. No es la efusión de la “lluvia de rosas” — éstas eran sólo las “cartas credenciales” —. Teresita tiene una misión de un género raro en la Historia de la Iglesia; pertenece a la categoría de Benito, de Francisco, de Domingo, de Ignacio, de Teresa de Jesús, de Juan de la Cruz, de Margarita María: *está destinada a hacer conocer y amar a Dios, en conformidad con las necesidades particulares de una época determinada* — misión como ocasional y

transitoria — *por los desarrollos providenciales de la piedad cristiana* — misión perpetua e indefectible—. Al lado de Teresita, la Madre Inés fué luminosísimo instrumento del Señor para abrir el alma de la niña; ¿y después? Después no sabemos ya quién fué maestra y quién fué discípula; y después ya indiscutiblemente Teresita es la Maestra; Dios una vez más “de la boca de los niños... hace salir su perfecta alabanza”. Entonces la Madre Inés se convierte en la confidente, la depositaria y aún la intérprete; y fué ésta la ocasión providencial por la que nos dejó Teresita una gran parte, y tal vez la fundamental, de los elementos de su “doctrina”. Son tantas cartas, tan innumerables recuerdos; y las “novissima verba”. Es el manuscrito que ha formado después los ocho primeros capítulos de la “*Historia de un alma*”. Respondía esto al deseo de la Madre Inés, sancionado por la obediencia religiosa, de que Sor Teresa escribiese los suaves recuerdos de su infancia: ¡los recordaba en la recreación con tanta viveza y con tanta gracia! Y por esto en aquel escrito alude apenas fugazmente a su vida en el Monasterio; ésta, por lo demás, la conocía la Madre Inés directamente. Pero al fin Teresa no puede menos de decir de nuevo a su “Madrecita” su tesoro, el secreto inefable de su vida carmelitana: son las últimas páginas del capítulo VIII — ¿las recordáis? — Teresa, que poco antes de morir afirmaba que no poseía ninguna virtud (todo en ella es don amoroso de Dios, y por este humildísimo y amorosísimo reconocimiento Dios le conserva sus dones e incesantemente se los multiplica); Teresa, que afirmaba que veía todos los atributos de Dios — empezando por el de su justicia — fulgurando de misericordia (y tiene razón: porque “Dios es amor” y el amor de Dios hacia nosotros no puede ser otra cosa sino misericordia); *Teresa comprende que el verdadero obstáculo supremo y decisivo para la salvación del hombre es precisamente éste: que el hombre no quiere reconocerse objeto de misericordia*; y por el mal entendido sentido de dignidad, y como de calculado respeto hacia Dios, quisiera presentarse ante Dios, con alguna cosa propia... Es siempre la eterna locura blasfema del pecado original: ¡“eritis sicut dii”, había sugerido Satanás! Teresa lo comprende, comprende que es éste el verdadero obstáculo a la gracia, que esto es lo que más ofende a Dios: ¡rehusar la misericordia!

Y con el permiso de la Madre Inés, entonces Priora, se ofrece como “víctima de holocausto al Amor Misericordioso”, y a la Madre Inés confía los tesoros de gracia con que Dios acogió su ofrecimiento; y de un modo particular explica a la Madre Inés lo que significa tal ofrecimiento, en qué consiste, altísimo y heroico y a la vez posible a todos: verdadera obra maestra, genial, o mejor, inspirada, de sabiduría teológica, ascética y mística.

* * *

Dios se ha servido de la Madre Inés para hacernos conocer este tesoro, para hacernos conocer la enseñanza providencial que El mismo confió a Teresa del Niño Jesús. Es una enseñanza que se viene a injertar en el progreso de la piedad cristiana, ya que *la progresiva*



devoción a la Humanidad santísima del Señor, a la Santísima Virgen, a la Eucaristía, al Sagrado Corazón; el progresivo desenvolvimiento e iluminación de la ascética y de la mística culminan precisamente en la ascetización de Teresa. Es la enseñanza que responde a las exigencias y a los males de la humanidad en nuestra época; esta pobre humanidad oprimida y desgarrada por desgracias tales—por su extensión como por su crueldad—, cuales tal vez no se había visto hasta ahora, y que sigue queriendo curarse y recobrar la salud por sí, por sí sola. Parecen tal vez esfuerzos generosos e incluso iluminados; pero después, continuamente, aparece cada vez más la inutilidad y el error. ¿No es tal vez error que la humanidad quiera sanar y curarse por sí sola, prescindiendo, si no oponiéndose a Dios, a su Cristo, a su Iglesia, o por lo menos limitándose a un reconocimiento estéril e inoperante? Y así se llega hasta el punto monstruoso y absurdo, de que cristianos, católicos, tal vez arrastrados por la inmensidad atroz de las desgracias, o absorbidos por aquellas obras o aquellas luchas polí-

ticas de las que no pueden sustrarse, vean el remedio sólo o principalmente en los medios humanos, en nuevas luchas y nuevas "victorias" humanas, aunque éstas cuesten nuevas guerras y nuevas destrucciones.

Y así nos olvidamos de que Dios en un momento podría resolverlo todo, y que quiere resolverlo, *con tal que la humanidad lo reconociese y volviese a Él, no de nuevo sana, no reordenada, sino así como es: asquerosa, llagada, putrefacta; como el hijo pródigo, como la Magdalena, volviese a Él, al Padre, a su MISERICORDIA.* Este es el punto decisivo de la salvación; sólo sobre esto y después de esto es posible, y aún obligatorio y eficaz, cualquier esfuerzo humano. A esto se llegará; pero para que lleguemos a esto ¿será necesario que samos precipitados en el fondo del abismo, como ocurrió para que viniera después la Redención? *Para que esto no ocurra hace Dios desarrollarse la piedad cristiana, y ha mandado a Teresa del Niño Jesús, y ha mandado a la Madre Inés.* Tanto más pronto volverá la humanidad y mas totalmente al Padre, cuanto más almas en particular se entregarán como Santa Teresita como víctimas al Amor Misericordioso de Dios: almas particulares, decíamos, pero que son miembros del Cuerpo místico de Cristo, y cada una concurre, cada una, al fluir de la vida en todo el cuerpo, y tanto más cuanto más corresponden al Amor divino: es también esto enseñanza de Teresa del Niño Jesús.

Cuando el sábado 4 de agosto en el Santuario de Anzio celebrábamos los funerales "in die septimo" por la Madre Inés, sentíamos en el fondo del alma, como la certidumbre de que más que necesitada de sufragios para sí, es la Madre Inés mediadora de gracias para nosotros; y precisamente de aquellas gracias que nos harán comprender y seguir más amplia y profundamente aquella enseñanza providencial de Teresita del Niño Jesús, de que ella fué suscitadora y confidente y depositaria e intérprete: Santa Teresita y la Madre Inés nos llevan suave e irresistiblemente a María, Madre y Medianera de todas las gracias, y por María a Jesús, al Amor Misericordioso del Señor que espera sólo esto para difundirse, para no encontrar obstáculos para su efusión, y dar así a la Humanidad la paz que sólo Él puede dar; llevar así a las almas a aquel Fin único para el que son creadas "en el centro de la Santísima Trinidad, eterno foco de amor".

Giuseppe d'Avack
Arzobispo de Camerino

La misión de Santa Teresita del Niño Jesús

Santa Teresita tiene una misión singular. No es la efusión de la «lluvia de rosas», —éstas eran sólo las «cartas credenciales». Teresita tiene una misión de un género raro en la historia de la Iglesia; pertenece a la categoría de Benito, de Francisco, de Domingo, de Ignacio, de Teresa de Jesús, de Juan de la Cruz, de Margarita María: *está destinada a hacer conocer y amar a Dios, en conformidad con las necesidades particulares de una época determinada—misión como ocasional y transitoria—por los desarrollos providenciales de la piedad cristiana—misión perpetua e indefectible.*

Teresa comprende que el verdadero obstáculo supremo y decisivo para la salvación del hombre es precisamente éste: que el hombre no quiere reconocerse objeto de misericordia.

Nos olvidamos de que Dios en un momento podría resolverlo todo, y que quiere resolverlo, *con tal que la humanidad lo reconociese y volviese a Él, no de nuevo sana, no reordenada, sino así como es: asquerosa, llagada, putrefacta; como el hijo pródigo, como la Magdalena, volviese a Él, al Padre, a su misericordia.*

DEL REINO DE CRISTO

Las Misiones de China y la invasión comunista

CARTA DE UN MISIONERO

«Va esta página, tal vez la última... La más triste y la más gloriosa. Voy corriendo, saltando detalles. La prudencia me tapa la boca... Hemos visto, muchas veces, muchas nubes negras sobre nosotros. Más o menos cargadas de odio; más o menos lentas, pero pasaban. Estas de ahora no pasan. Están sobre nosotros. Vienen de todas partes... nos asfixian. Lanzan sus rayos contra nosotros, y no se van, sino que aun vienen más, aun más; sin parar. Es como si todo el negro cielo se hundiese sobre nosotros, sobre nuestra Iglesia. Todo el día lo pasamos clamando: ¡Ay, Dios mío! Señor, ¿por qué nos abandonas? Señor, ¡que perecemos... que casi hemos perecido del todo!

»Pero El nos oye, y envía al espíritu consolador. Ayer le vimos bajar visiblemente. Le sentimos todos profundamente. ¿Quién pudiera charlar libremente... con todos ustedes? Estamos en persecución furibunda. Aquí con más furor que antes, acaban con la verdadera Iglesia. No la matan, la fuerzan al suicidio. Al bueno le fuerzan a ser malo, y se hace malo sin remedio: como un poseso. Y los que eran buenos, hechos posesos, siendo instrumentos de otros posesos peores, traicionan a su Madre la Iglesia y la matan. Y sobre su cadáver levantan el comunismo fundado en soberbia, sin más principio vital que el odio: odio a Dios, a la conciencia, al amor... Y sobre este fondo infernal aparece la angelical figura de nuestra Presidenta de Hijas de María...

»Todo el profesorado en pleno, de nuestras escuelas católicas de antes han dado su nombre a la Iglesia cismática fundada por los comunistas. Todos ellos dominados por el terror. Pero ella no. La víspera de la fiesta del Espíritu Santo fué juzgada en público. Sólo tiene veinte años, y dos de cristiana... María Lu-Te, tan fina, tan santa, tan pura, tan valiente, tan amante de Jesús y de su Iglesia, que no se deja seducir ni atemorizar. Fué insultada en público por sus comprofesores como perra de imperialistas extranjeros... Dicen quedó la pobre consternada y que, cuando quisieron atarle las manos, pidió un papel y escribió serenamente: «Soy china y, como tal, amo a mi patria. Soy cristiana y, como tal, amo a Dios, a la Iglesia, al Papa y a los misioneros.» Y alargando las manos se dejó atar.

»Pocas horas antes le había dado yo un relicario del *Lignum Crucis* para que lo llevara al pecho, camino de la cruz... ¡rueguen por ella! Ante ella vociferaban con los puños en alto: ¡*Mata dta!* ¡*Matadla!* Y ella, serena, lo oía todo, pálida como un precioso lirio... ¡Señor, Señor, confort a María Lu-Te hasta el último momento!

»También Ren-Tze ha tenido temple de mártir. ¡Oh, qué escenas! He visto lágrimas en los ojos de todos los misioneros estos días de tanta conmoción. El mismo día y hora en que María Lu-Te era llevada a la cárcel, Ren-Tze me vino a ver. Suele venir todos los sábados. Está recibiendo, a la fuerza, la indoctrinación marxista en un Instituto comunista especializado. Hablamos. No sabía nada de nuestras circunstancias, ni lo sucedido a su compañera María Lu-Te. Le impresionó mucho cuando se lo conté. «¿Tendré yo ese valor?», me decía. Y se preparó para comulgar. No sé lo que se dijeron Jesús, hecho pan que fortalece, y ella, de carácter valiente. Al dejar la iglesia, se arrodilló ante mí: «Rece por mí, Padre, y bendígame.» La bendije y le di un buen crucifijo, que besó. «Llévatelo —le dije— y ¡ánimo!...»

»Sé que mantuvo una lucha de varias horas con cuatro emisarios comunistas, hasta las diez y media de la noche.

Ayer la vi, muy temprano, día de Pentecostés... Hablamos. Oyó varias Misas, muy reconcentrada. Volvió a comulgar, y, después de una acción de gracias muy larga, la llamaban a nuevo combate. Al pasar delante de mi confesonario me lanzó una mirada suplicante. Volvió a las doce, cansada de luchar toda la mañana, con los ojos húmedos y el corazón agonizando de dolor. «Ren-Tze —le decía yo con toda mi alma—, Jesús te ofrece el martirio; acéptalo, Ren-Tze, acéptalo... recemos los dos... que el Espíritu Santo te llene...», y estuvimos de rodillas, junto al altar de la cruz, llorando y rezando. «Y ahora —le dije— vete: yo te bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

»Ren-Tze no ha rechazado la pesada cruz, tal vez mortal. Hoy han tenido con ella un juicio público. La han visto serena, valiente. Los acusadores son sus comprofesores y alumnas, que la quieren. ¿Cómo puede ser eso? Estamos en pleno comunismo, el más sistematizado que se puede imaginar. Me dicen que rebatía todas las acusaciones y que nadie podía con ella. Pero allí mismo se la degradó de su cargo de profesora.

»Hoy es la octava del Espíritu Santo. No he tenido medio de saber lo que ha sido de Ren-Tze. Oigo mil cosas: que la tienen en su casa, pero custodiada; que está en la cárcel; que sigue aún en el Instituto de indoctrinación comunista, pero vigilada. Mucho he rezado por ella. Y hoy, muy temprano, como una aparición, se me presenta delante... «¿Es verdad —me pregunta— que el señor Obispo autoriza que demos la firma para la Iglesia cismática?» «No es verdad, Ren-Tze —le respondo—. Te han querido engañar. ¿Has firmado?» «No, Padre», me responde. No podemos hablar mucho, porque ya está dentro de la Iglesia uno de los espías conocidos, un pobre cristiano. Entonces me dijo: «Se me ha permitido venir del Instituto, donde me vigilan porque he dado mi palabra de que firmaré si el señor Obispo lo autoriza. Si hoy, al volver por la noche, no firmo, peligro yo y peligra usted, Padre...» «Reza —le dije— y no firmes; y ojalá fuéramos al patíbulo juntos. ¡Qué dicha la nuestra, Ren-Tze! Pide a Jesús en la comunión...»

»Hoy, el mártir San Andrés Bobola. Ruego sin cesar por María Lu-Te, la encarcelada, de quien se dice que la condenan a muerte, y por su amiga Ren-Tze, de quien una de las pocas personas que aun puede hablar con nosotros me decía, llena de admiración: «¡Qué valor tan admirable el suyo, Padre!» Al volver al Instituto le presentaron el cuaderno de firmas, y ella respondió por escrito: «Sólo hay una verdad. Sólo tengo una vida para ella. ¿Seré martillo para defenderla?» ¡Dios la ayude hasta el fin!

»Lo de Cecilia Kao fué algo trágico, macabro. Su padre, cristiano, medio loco por los tratos que le han dado los comunistas, obligándola a firmar. Su padre, ante la esposa y la hija menor, alargándole un cuchillo a Cecilia, mientras le decía: ¡*O firmas o mátame!* Y en esta escena varias horas, y Cecilia que no firma. Y entonces el padre quiere obligar a los cuatro a envenenarse allí mismo, tomando opio... y Cecilia, sin saber lo que hace, pasada de terror, escribe su nombre... ¡Pero está decidida a borrar su nombre y seguir a sus dos amigas hasta morir por Él!

»¡Qué ánimos nos infunden a los misioneros esas jóvenes cristianas recién bautizadas! Sólo Dios sabe lo que nos tiene preparado y lo aceptamos con gusto. Ya han comenzado los juicios populares contra nosotros. En esta última semana puede decirse que hemos tenido juicios popu-

Termina en la pág. 411

DE UNA CARTA DE CHINA

«... y al prójimo como a ti mismo por amor de Dios». Este principio fundamental extraído del fondo de los tiempos y consignado en la ley Hebraica, lo subraya Cristo cuando quiere condensar su doctrina en las menos palabras. «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.»

Amarás al prójimo como a ti mismo, y tu prójimo está en todos lados, no sólo cerca de ti, en tu proximidad, sino en todos los demás lugares y pueblos del mundo.

Nosotros españoles somos prójimos de australianos y chinos, de rusos y patagones. El Señor eligió a un samaritano como siendo de fuera para ejemplo de caridad y amor al prójimo. Pudo elegir a un judío de Jerusalén, para que lo entendiesen mejor los demás judíos de Jerusalén y, sin embargo, eligió a un samaritano para que entendiesen bien que el prójimo es un semejante tuyo en cualquier lugar.

¡Qué poco entienden esto muchos cristianos. No hablamos de cuantos viven fuera de Dios o en las tinieblas. Hablamos de cristianos o de quienes se atribuyen este nombre y condición. ¡Cuán pocos son los que entienden el drama del mundo en su íntima y al mismo tiempo tremenda dimensión! ¡Cuán pocos son los que se ocupan o preocupan del mal de otras gentes en otros países!

Nosotros, españoles que vivimos en nuestra entraña el desgarrar de nuestra guerra civil, y crispados y anhelantes seguíamos día por día el detalle de nuestra sangrienta efemérides, creíamos, por ley de caridad ser objeto de la atención o interés de otras gentes en otros países. Nuestras penas, nuestras angustias, nuestras miserias y nuestros muertos, que tan duramente pesaban en nuestra vida de españoles, eran sin embargo poca cosa y pequeña noticia para gentes «cristianas» de otros países.

Los que vivimos, en uno u otro lado de la pugna, el drama de todos, apenas podíamos concebir la indiferencia de las gentes de los demás países. «War in Spain» o «Guerre en Espagne» fué pronto noticia de menor cuantía entre las noticias de crimen o escándalo, capaces de reactivar la torpe condición de un público saciado.

Al no existir, aparentemente, un riesgo inmediato de contaminación, los españoles podíamos exterminarnos ordenadamente, sin que esto fuese causa o motivo de mayor preocupación para los demás cristianos de otros países.

Pues bien, esta misma «psicosis» es la que hoy día impera en este mundo desgarrado y convulso. Las gentes «cristianas» de todos los países apenas se ocupan de lo que sucede a los otros cristianos, si el accidente tiene lugar a una «razonable» distancia. Este hecho inconcebible se produce a pesar de que hoy el mundo consciente sabe que cualquier incidente, por pequeño que sea, que se produzca en cualquier pequeño país puede determinar la deflagración de todas las pólvoras. No importa: las gentes siguen impasibles sin entender la ley de Dios, y atendiendo al sólo mandato de un inmediatismo suicida.

La carta de China que CRISTIANDAD destaca hoy, se nos antoja a nosotros como signo de una tal gravedad, que nos llama y obliga a intervenir nuevamente con to-

das nuestras fuerzas en apoyo de esta fina «voz de cristal» que nos llega desde el fondo de China.

«María Lu-Te, tan fina, tan santa, tan pura y tan valiente, tan amante de Jesús y de su Iglesia, y su compañera Ren-Tze, que tiene temple de mártir.» Así llama y define la carta a estas niñas, con nombre de flor o de pájaro, sobre las que se cierne la palma del martirio, y que viven ya ahora momentos de angustia infinita, estrujadas por la garra salvaje del comunismo.

Como en los versos viejísimos y frescos como gotas de rocío de Li-Tai-Pe o de Tu-Fou, China describe un gesto, con trazos finos y colores tenues. Así ahora nos trae la versión del chapoteo ruso-comunista, otorgándonos el privilegio de unas finas figuras de marfil.

En la inmensa dimensión de la China innumerable no creemos que puedan producirse movimientos de conjunto. No creemos que la desorganización comunista pueda venir a aumentar el desorden inmemorial del «orden» chino. Tampoco creemos que el comunismo pueda establecerse en un país de civilización individualista tan acusada. Tememos, esto sí, que la horda comunista, como la de Genghis Kan, penetrará en la linfa blanca de la masa china, dejando tras de sí un reguero de sangre.

También creemos que esta horda infrahumana del comunismo, arrasará si puede hasta el último vestigio de Cristianismo que encuentre a su paso. Esta tremenda perspectiva, que nos aflige profundamente, constituye sin embargo, un accidente que ya ha vivido la humanidad en el curso de dos mil años de orden y permanencia cristiana. Lo que a nosotros más nos conmueve no es tanto este aspecto dramático sino como los medios de que se vale la horda sin Dios, para atacar a Cristo.

Leemos en la carta de China «todo el profesorado en pleno, de nuestras escuelas católicas de antes ha dado su nombre a la Iglesia cismática fundada por los comunistas».

El comunismo no se contenta ya con destruir «presencia» cristiana en el mundo. Sus ataques se dirigen a destruir «esencia». Ya no quiere mártires cuya sangre fructifique. Prefiere apóstatas.

La causa del mal se define con esto en toda su malvada dimensión. Cuando el proceso del Cardenal Midszensky ya pudo el mundo católico entender o percatarse de cuál era el sentido de la ofensiva materialista. Destruir el prestigio de la institución es algo más importante y decisivo que el sacrificio de unas pobres víctimas. Los hachazos iban así dirigidos al tronco del árbol frondoso de la Cristiandad.

Esta es la tremenda lección que nos confirma la carta de China. Todo el profesorado cristiano deserta en masa atraído por el miedo encubierto, hacia soluciones de «mal menor».

El comunismo otorga posiciones de «mal menor» a quienes se avienen a transigir sobre cuestiones de fondo, para continuar conservando sus posiciones de forma.

Con esto entra el comunismo en una hábil maniobra, de hacerse intérprete y porta estandarte de la humanidad entera, que vive unos momentos indescriptibles de confusiónismo transigente.

El apaciguamiento y la transigencia, hijos naturales de la comodidad del credo materialista, son los argu-

PLURA UT UNUM

mentos mediante los cuales se está desintegrando la humanidad.

En contra del principio, y a favor de la forma, se lanzan comunismo y democracia al asalto de todas las instituciones.

Y así vemos, en esta China de nuestros amores misioneros, cómo el esfuerzo de tantos años y de tantos y tan cruentos sacrificios, es llevado fuera del cauce de Dios, por sinuosos caminos de transigencia y de maldad.

Esto no puede ser y no será. Lo sabemos nosotros y lo decimos, «trepidando» de exaltación indignada, en espera de que otros vengan a engrosar las filas de nuestra intransigencia.

La Cristiandad en peso debe entender la llamada apremiante de Su Santidad que repetimos en la medida de nuestras fuerzas, cuantos vivimos la angustia de estos momentos cruciales.

El mundo que se agita en inquietudes políticas y económicas, ante la «incertidumbre» de la amenaza rusa, permanece por contra sospechosamente impasible ante el ataque persistente y enconado de las huestes anticristianas.

La ininterrumpida sucesión de grandes desgracias católicas, que se han abatido sobre naciones enteras que, como Polonia y Hungría eran feudo y baluarte de la Cristiandad, no han hallado en los demás países más que un eco distante.

Se nos antoja, preguntamos, si esto es causa o efecto del castigo que se cierne sobre la humanidad desmandada, por su danza frenética alrededor del becerro de oro del materialismo.

No podemos concebir este indiferentismo, esta apatía de seres cercanos o distantes, pero sujetos a una misma incierta condición de vida.

Hoy nos llega esta llamada de China, como ayer nos vino de Polonia, de Hungría, de Checoslovaquia, y de tantas otras comunidades de hermanos cristianos.

Esta carta nos descubre en detalle la trama de maldad infinita de esta inmensa maniobra de desintegración.

La mentira se extiende e impone su ley, y en la torpe mirada de los funcionarios comunistas, brilla una chispa alegre de luz demoníaca al ver cómo se funden, en la mentira que ellos han creado, aquellos que resistían bajo las banderas de la fe de Cristo.

A nosotros se nos antoja esta situación como algo intolerable. Para nosotros las misiones son como niños que nacen del seno de la Iglesia, y estas pequeñas y primitivas sociedades, que tan trabajosamente van surgiendo las equiparamos a estos infantes que se mueven con pequeños pasos indecisos y cuyas voces, apenas definidas, son todavía balbuceos. En las miradas asombradas de estos indígenas que entran por los caminos de la fe, vemos algo de la pureza de los ojos del niño. Un ataque a las misiones se nos antoja como el gesto bárbaro del ser infrahumano, que se ceba en una comunidad indefensa de niños.

Las misiones son para la Cristiandad «cuerpos niños» que nacen y se forman bajo el gesto amoroso de la Madre.

Hoy se produce en China la desbandada, y en medio de las noticias desoladoras, se destaca la figura de estas dos siluetas de niñas, que con sus ojos bañados de azul del cielo, nos abren un camino de infinito.

Clamamos contra esto desde esta plataforma que nos brinda CRISTIANDAD. Clamamos en pro de una conciencia colectiva, que surja de la apatía ambiente y se proyecta vigorosa bajo el signo de la Cruz.

Pedimos una Cruzada de conciencia que sea eco de la llamada del Padre que nos llega incesante desde Roma.

Pedimos en nombre de la Cristiandad que se difunda y entienda esta llamada de Dios que destaca sobre el cielo de China la frágil silueta de unas niñas que se llaman con nombre de flor o de pájaro.

C.



¿CATOLICO Y MASON?

En el número extraordinario de agosto, CRISTIANDAD planteaba la pregunta de si el juicio de los Papas condenando la masonería, goza de la prerrogativa de la infalibilidad. Sobre tan importante cuestión ha aparecido en la revista SIC de Venezuela el siguiente artículo que nos honramos en reproducir.

El mes de octubre de 1950, y en esta misma Revista, escribí un artículo con el mismo epigrafe: «¿Católico y masón?». En él me reducía a transcribir algunos de los documentos de los Papas que, ininterrumpidamente desde 1738, durante dos siglos largos, vienen condenando la masonería en términos enérgicos, hasta culminar en las severas penas establecidas contra los masones en el Derecho Canónico.

Para un hombre de sereno pensar, aunque no sea católico, si conoce el estilo de la curia romana, tan cautelosa en las afirmaciones y tan mesurada en sus expresiones, es un argumento grave la trayectoria definida de la Cátedra de Pedro en relación con la masonería.

Para un católico verdadero, el argumento es demoleedor. Pedro ha sido declarado Maestro Universal de la Iglesia y su palabra debe aceptarse con absoluto rendimiento cuando, como Doctor Universal, «ex cathedra», propone algunas verdades a sus fieles. Es cierto que los documentos transcritos no tienen la fuerza de una definición dogmática, pero sería falsa la conclusión de creerse por eso en absoluta libertad para pensar y proceder en relación con la secta condenada.

Recientemente, en la Encíclica «*Humani Generis*», el Papa sale al paso de ciertas ideas que tratan de reducir el radio del magisterio eclesiástico.

«Ni hay que creer —dice— que las enseñanzas de las Encíclicas no exijan de suyo el asentimiento, por razón de que los Romanos Pontífices no ejercen en ellas la suprema potestad de su Magisterio. Pues son enseñanzas del Magisterio Ordinario, del cual valen también aquellas palabras: «El que a vosotros oye, a Mí oye»; y la mayor parte de las veces, lo que propone e inculca en las Encíclicas, ya por otras razones pertenece al patrimonio de la doctrina católica. Y si los sumos Pontífices, en sus constituciones, de propósito pronuncian una sentencia en materia disputada, es evidente que, según la intención y voluntad de los mismos Pontífices, esa cuestión no se puede tener ya como de libre discusión entre los teólogos.»

No estará de más que recapaciten los católicos en general sobre estas palabras. Pero el artículo de hoy no tanto se apoya en el peso de la autoridad docente cuanto en las razones y hechos que la han obligado a tan severas amonestaciones.

El sistema. Cuando se trata de un sistema o de una asociación, es evidente que si se quiere enjuiciarla desde el punto de vista doctrinal o moral, no podemos fijarnos en las relaciones que haya podido tener con determinada persona ni en algunas actividades buenas que pueda desarrollar, sino en los principios filosóficos en que se basa y en la interpretación auténtica que de ellos hacen sus elementos dirigentes.

Todo el mundo sabe que la masonería organiza entre sus miembros una especie de colaboración económica, de beneficencia y auxilio mutuo. Quien reduce la masonería a esa única actividad y la juzga por ella, nunca podrá entender el móvil de las condenaciones pontificias ni sabrá explicarse la razón de las penas canónicas establecidas. ¿Por sólo hacer bien y desinteresadamente, va a castigarse a una Institución? Esta es la pregunta que muchos se hacen y eso explica la actitud de muchos. Pero lo que está precisamente en litigio es eso; a saber, si la masonería reduce

sus actividades a SOLA la beneficencia y si las bases en que se afianza no tienen más aspiraciones que la beneficencia.

Valioso testimonio. Conclusiones muy opuestas se deducen de los documentos oficiales. El Gran Oriente de Francia publicaba en 1885, al frente del Anuario, un extracto de sus Constituciones, donde, entre otras cosas, leemos lo siguiente: «La Masonería es una Institución esencialmente filantrópica, progresiva y filosófica.»

Basta esa simple enunciación para concluir que la masonería no se reduce sólo a la filantropía, puesto que es también una institución esencialmente filosófica.

Y como los principios filosóficos son los que dan el cariz y sello propios a la conducta individual y social, como tiene necesariamente que admitirse «una filosofía de la vida», es necesario investigar cuáles son los principios que predominan en la masonería. En la misma fuente oficial que acabamos de citar se leen estas textuales palabras: «Elle se refuse a toute affirmation dogmatique.» Ahora bien, al rechazar toda afirmación dogmática, cae por tierra la religión cristiana, pues ni la Trinidad, ni Cristo y su obra tienen razón de ser, ni la Iglesia ni sus actividades, ni sus derechos. Toda la vida sobrenatural se esfuma como un sueño. He aquí una conclusión legítima que da respuesta diáfana a la interrogante del título «¿Católico y Masón?»

Pero esta afirmación, grave como es, es una negación que no puede constituir por sí sola una filosofía de la vida. Hay que admitir principios positivos, y ellos son los siguientes:

El liberalismo, el racionalismo y el naturalismo.

Y ese naturalismo grosero, libre de toda preocupación sobrenatural, se ha empeñado en organizar la vida conforme a las exigencias de la materia y de los instintos.

En la Encíclica «*Humanum Genus*», sobre la masonería, publicada por León XIII el año 1884, estudia este punto con detenimiento. «Porque de los certísimos indicios que hemos mencionado antes, resulta el último y principal de sus intenciones, a saber: el destruir hasta los fundamentos todo el orden civil y religioso establecido por el Cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del NATURALISMO.»

La enumeración que sigue es por demás desoladora.

«Véase ahora el proceder de la secta masónica en lo tocante a la religión, singularmente donde tiene mayor libertad para obrar, y júzguese si es verdad o no que todo su empeño está en llevar a cabo las teorías de los naturalistas. Mucho tiempo ha que se trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda ingerencia del magisterio y autoridad de la Iglesia, y a este fin se pregona y contiende deberse separar la Iglesia y el Estado... Ni les basta con prescindir de tan buen guía como la Iglesia, sino que la agravan con persecuciones y ofensas... Vemos, además, al Clero oprimido con leyes excepcionales y graves... Pero, sobre todo, se extrema la rabia de los enemigos contra la Sede Apostólica y el Romano Pontífice... La única educación que a los masones agrada, con que, según ellos, se ha de educar a la juventud, es la que llaman LAICA, INDEPENDIENTE, LIBRE; es decir, que excluya toda idea religiosa...»

Terrible acusación de la que no pueden librarla sus reiteradas protestas de fe en el GRAN ARQUITECTO del Universo, pues detrás de la pompa de estas palabras, se es-

conde un fantasma de cuya naturaleza y relaciones con el hombre nadie puede afirmar nada. Es tajante León XIII en este punto: «Ni disimula tampoco ser, entre ellos, esta cuestión de Dios, causa y fuente abundantísima de discordia; y aun es notorio que últimamente hubo entre ellos, por esta misma cuestión, no leve contienda. De hecho, concede la secta a los suyos libertad absoluta de defender que Dios existe o no existe; y con la misma facilidad se recibe a los que resueltamente defienden la negativa como a los que opinan que existe Dios, pero opinan de Él perversamente, como suelen los panteístas, lo cual no es otra cosa que acabar con la verdadera noción de la naturaleza divina, conservando de ella no se sabe qué absurdas apariencias.»

La Masonería especulativa moderna, dice Gautherot, data de la Constitución de 1723. Es interesante el capítulo que en esa Constitución se escribe literalmente: «El masón, por su profesión, está obligado a obedecer a la Ley Moral, y si él entiende bien su cometido no será ni un estúpido ateo ni un libertino religioso. Si bien en tiempos pasados los masones tenían la obligación de pertenecer, en cada país, a la religión de ese país o nación, fuese cual fuese, ahora se cree más conveniente no obligarlos más que a la religión en que todos los hombres están acordes, dejando a cada cual con sus opiniones particulares. Por eso la masonería llega a ser el centro de unión y el medio de constituir una verdadera amistad entre pueblos que de otra suerte hubieran quedado perpetuamente alejados unos de otros.»

Con esta definición, la masonería, al hablarnos con sus deberes para con Dios, claramente nos dice que no es cristiana y que marcha a la revolución más radical de la vida por sus tres principios del «ADOGMATISMO», «LAICISMO» y «SECULARIZACIÓN de la vida humana».

En plena actividad. Ni se han contentado con anunciar estos principios dejando que ellos, por su captación e influencia, se abrieran paso, sino que han trabajado subterráneamente y han echado mano de cuantos medios legítimos o no legítimos tenían a su alcance para llegar al término de sus aspiraciones. No es católico, sino protestante y conocedor como pocos de la historia de la masonería en la segunda mitad del siglo XIX, el alemán Eckert, quien escribe sobre su época en 1854:

«Ningún hombre de Estado conoce su época, ni las causas de los sucesos que se desarrollan en el terreno de la más alta política, ni puede explicarse cuanto se hace... en toda la vida política y social de los pueblos, ni siquiera cala el sentido que hoy tienen ciertas palabras; en una palabra, no ve más que hechos cuyo significado no comprenderá y ante cuya presencia no sabrá qué partido tomar, si no estudia a fondo la secta de la masonería y no comprende su naturaleza y acción.»

Por todos estos hechos y testimonios bien puede deducirse cuán perdidos y equivocados andan los que juzgan del carácter de la masonería por sólo su carácter benéfico.

Tiempos actuales. Lo que en este punto podríamos acumular es mucho y grave. Toda discusión o suceso donde entre de por medio la Iglesia Católica es ocasión para que la prensa masónica se aliste automáticamente contra ella. Ni desperdicie coyuntura para disparar contra ella las expresiones más injustas y denigrantes.

En prueba de esto basta leer el primer número de la «Gaceta Fraternal Mexicana». En su artículo «*El Cristo Moderno*» amontona tal cúmulo de herejías, que su ideología es radicalmente opuesta a la ideología cristiana.

En la controversia suscitada hace dos años entre el Cardenal Spellman y la señora de Roosevelt, los hijos del mandil y la escuadra se revolvieron como víboras a quienes

aplantan la cabeza. No hay que dar nada a las escuelas católicas. «Tendrían razón —dicen— si ese dinero se empleara en el bien común, pero sabido es que en las escuelas católicas (muy distinto de lo que acontece en las escuelas liberales de los masones o protestantes) reina el más estrecho fanatismo; se persigue y humilla a los niños que no quieren aceptar las doctrinas católicas o a las familias que no son católicas...» Y así sigue la diatriba, sin que salgan a relucir razones ni pruebas. Se contentan con desfogar su represada fobia católica (Vid. «*Relations*», diciembre de 1949, pág. 235).

A alguno se le ocurrirá que una golondrina no hace verano, ni un hecho forma una conducta. Pero lo grave en nuestro caso es que la cosecha de estos hechos es muy abundante.

Cuando el Gobierno de Méjico disolvió el Partido Sinarquista, el Consejo de la Confederación Masónica de las Grandes Logias envió un documento de felicitación al Ministro del Interior, documento que, entre otras, tiene las siguientes afirmaciones: «La masonería no es una institución política, pero sus miembros han participado en todas las luchas del pueblo para la conquista de la libertad con un espíritu militante hasta el heroísmo... Es un hecho que la enseñanza, en proporciones alarmantes, va cayendo en manos confesionales... Ellos (los masones), en caso de encontrar un jefe como Juárez, irían a luchar con más empuje y alegría contra los elementos conservadores del país y contra el clero católico apostólico romano... (Vid. «*Relations*», mayo de 1949, pág. 140).

Ni es difícil hallar en otras partes más botones de muestra. Recojamos un documento que «*La Nación*», diario oficial masónico de Chile, y editado por masones radicales, ha calificado de auténtico: «*No tenemos por qué dudar de la autenticidad del documento.*» Y el citado documento dice lo siguiente:

«DEBE CONSIDERARSE CADA MASÓN COMO EN EL EJERCICIO DE UN APOSTOLADO. LOS MASONES DEBEN EDUCAR A SUS CÓNYUGES Y A SUS HIJOS MASÓNICAMENTE... EN CONSECUENCIA, NO SE DEBE AUTORIZAR QUE LAS ESPOSAS VAYAN A LA IGLESIA CATÓLICA NI SE DEBE INGRESAR A LOS HIJOS EN LOS COLEGIOS CATÓLICOS. PROMOVER UN MOVIMIENTO DE OPINIÓN NACIONAL DENTRO DE NUESTRA ORDEN, COMO EN EL MUNDO PROFANO EN FAVOR DEL LAICISMO EN TODAS SUS MANIFESTACIONES, ESPECIALMENTE EN LA ENSEÑANZA, EN LAS FUERZAS ARMADAS Y EN TODOS LOS ACTOS PÚBLICOS DEL ESTADO...»

Al terminar este artículo ya tenemos bien clara la respuesta a la pregunta «¿Católico y Masón?»

¿Puede un católico, en conciencia, enrolarse en una institución basada en el naturalismo, racionalismo y agnosticismo, que desconoce las verdades de la fe y se contenta con escribir en grandes iniciales un GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO, cuya fantasmagórica presencia no influye para nada en la vida del hombre? ¿Puede un católico dar su nombre a una institución cuyos dirigentes, SIEMPRE y EN TODAS PARTES, han tenido como primera aspiración de su programa el perseguir y anular el espíritu y los derechos de la Iglesia?

Y es evidente que la fuerza del raciocinio y de las conclusiones legítimas que se deducen no se se desvirtúan por la beneficencia que puedan desarrollar o por el apoyo material que hayan podido dar. Porque esas acciones son externas al espíritu de la institución, que es anticristiana por esencia.

Nos lo han dicho los Papas.

Nos lo han dicho las Constituciones masónicas.

Nos lo dicen los hechos.

¿Qué más queremos?

Victor Iriarte, S. J.

(De «S. I. C.», Venezuela, julio 1951)



SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Viene de la pág. 406

lares todos los días; la prensa habla de ellos y les concede mucha importancia. Han quedado malparados la mayoría de los misioneros. Mañana otro juicio más. A nuestros catequistas, criados y cristianos se les obliga a calumniar a los misioneros (¡ay de quien no lo haga!). Si no tienen nada de qué acusarles, lo han de inventar, y cuanto más sucio sea lo inventado, mejor cumplen su oficio de denigrar a la Iglesia y a sus misioneros.

»Más tarde, el pueblo dará su sentencia; mejor dicho, el pueblo pedirá y suplicará al Gobierno popular castigue pronto a los criminales... Y el Gobierno, al imponer el castigo, pedirá perdón al pueblo por no haberle hecho justicia mucho antes. Y una vez que nos expulsen a los misioneros, o nos encarcelen, o nos maten, nuestros cristianos y el pue-

blo tendrán que ir, con dones y música, a dar las gracias a las autoridades, regalándoles banderines de todos los colores... por haberles librado de nuestra insoportable opresión.

»Para cuando esta carta llegue a sus manos no sé dónde podremos estar. Si hemos dejado esta vida seremos los más afortunados: ¡morir por Cristo!... Si estamos encarcelados, rueguen mucho por nosotros y por nuestros cristianos. Ayer se instaló en nuestra portería el Comité de la nueva Iglesia cismática, que nada quiere ver con Roma. Pronto vendrá la excomunión sobre estos tristes apóstatas...

»¡Rueguen mucho para que tengamos la inmensa dicha de subir hasta la cumbre de la cruz!»

Carta Encíclica de Su Santidad Pío XII sobre el rezo del Santo Rosario

Desde que por designios de la Divina Providencia fuimos elevados a la suprema cátedra de Pedro, jamás hemos desistido, a la vista de los males que avanzan día a día, de confiar la suerte de la familia humana al segurísimo patrocinio de la Madre de Dios, para lo cual, como bien sabéis hemos publicado más de una vez escritos de exhortación. Os es conocido, Venerables Hermanos, con cuánto celo y con qué unanimidad y prontitud de espíritu, ha correspondido en todas partes el pueblo cristiano a esas exhortaciones. Este es el hermoso sentido de las maravillosas y repetidas manifestaciones de devoción hacia la Augusta Reina de los Cielos y, principalmente el de aquella demostración de júbilo de todo el orbe, que Nos fué dado contemplar con nuestros ojos el pasado año, cuando rodeados en la Plaza de San Pedro de una inmensa multitud, proclamamos solemnemente el dogma de la Asunción de la Virgen María a los Cielos en cuerpo y alma.

Mas si bien es agradable recordar estas cosas y Nos consuela con la firme esperanza en la divina misericordia, no faltan en las presentes circunstancias motivos de grave tristeza, que afligen y preocupan nuestro ánimo paternal.

Calamitosa condición de nuestros tiempos

Conocéis, en efecto, Venerables Hermanos, la calamitosa condición de nuestros tiempos. Todavía no ha sido rehecha la concordia fraternal de las naciones, rota desde hace tiempo, antes bien vemos perturbados los ánimos por los odios y las disputas y aun amenazan a los pueblos los peligros de crueles contiendas. A esto se añade la encarnizada ola de persecuciones que oprime a la Iglesia, destituida en no pocas partes del mundo de su libertad, con todo género de calumnias y angustias y hasta de vez en cuando, con el derramamiento de la sangre de mártires. ¡A cuántas y cuán grandes asechanzas vemos expuestos en estos países a muchos de nuestros hijos, con el fin de hacer que abduquen de su fe y se aparten para su desgracia de la unidad con esta Sede Apostólica! Ni podemos, en fin, pasar del todo en silencio un nuevo crimen perpetrado, sobre el cual hemos advertido con íntimo dolor del alma, no sólo a Vosotros, sino a todo el clero, a los padres en particular y a los mismos gobernantes. Hablamos de las perversísimas maquinaciones contra la blanca inocencia de los niños. ¡Ni siquiera se ha perdonado a la edad inocente, como lo muestra el hecho de que se hayan atrevido temerarios a arrancar las mismas flores que crecen en el místico vergel de la Iglesia, como bellísima esperanza de la Religión y de la Patria! Nadie que reflexione sobre estas cosas, podrá admirarse entonces con exceso de que los pueblos giman hoy de tan gran manera bajo el peso de los castigos divinos y de que permanezcan de tal suerte suspensos por el temor de mayores calamidades.

Acudid con viva confianza a la Madre de Dios

Sin embargo, considerando la gravedad de tan grandes conflictos no os desaniméis, Venerables Hermanos, sino que recordando aquellas divinas palabras: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán» (Luc. 11, 9), acudid solícitos y con más viva confianza a la bienaventurada Virgen Madre de Dios a la cual siempre recurrió el pueblo cristiano en los momentos angustiosos, como quiera que ella «ha sido hecha causa

de salvación para todo género humano» (S. Iren, Adv. Haer., III, 22; Mg, VII, 959).

Consiguientemente, no sin alegre expectación y firme esperanza vemos retornar el mes de octubre, en el cual acostumbran los fieles cristianos acudir con más frecuencia a los templos para rezar el Santísimo Rosario a María. Este año, Venerables Hermanos, deseamos que estas preces se recen con aquel mayor fervor que exigen necesidades cada día más graves. Nos es conocida a fondo la eficacia y la fuerza de esta devoción para alcanzar el auxilio maternal de María. Y aunque no sea este ciertamente el único medio que exista para merecer semejante protección, sin embargo creemos que por el rezo del Rosario, conforme persuade su origen más divino que humano y la misma razón lo indica, ha de conseguirse óptima y abundantemente.

¿Qué cosa más eficaz ni más hermosa que las flores con las cuales se teje esta mística corona, a saber la oración dominical y la salutación angélica? Por la unión de estas oraciones tantas veces repetidas de palabra con la contemplación de los sagrados misterios, se abre para todos aun para los más rudos e indoctos un saludable y fácil camino para el fomento y la defensa de la fe. Y ciertamente con la frecuente meditación de dichos misterios el espíritu saca la fuerza que en ellos está depositada, se inflama admirablemente en la esperanza de los bienes inmortales y se inclina, fuerte y suavemente a un tiempo, a seguir las huellas del mismo Cristo y de su Madre. Finalmente la misma oración tantas veces repetida de idéntica manera, lejos de tener nada de estéril ni de molesto, posee por el contrario una admirable fortaleza, como muestra la experiencia, para infundir en los que oran la confianza en la impetración y para hacer como una suave violencia en el corazón maternal de María.

El rezo familiar del Santo Rosario

Sed solícitos, Venerables Hermanos, de que los fieles aprovechando la ocasión del próximo mes cumplan diligentísimamente tan fructífero deber de orar y de que cada día se extienda más ampliamente esta costumbre. Por medio de vosotros conozca el pueblo cristiano su dignidad y su eficacia.

Pero está de un modo peculiar en nuestro deseo el que esta costumbre florezca de nuevo más y más dentro del recinto doméstico, que se custodie allí celosamente y que viva con nuevos incrementos. Pues en vano se intentará soldar los eslabones rotos de la comunidad civil si la sociedad doméstica, principio y sostén de toda humana convivencia, no se conforma diligentemente según el patrón de la norma evangélica. Para realizar tan difícil cometido el rezo familiar del Santo Rosario es adecuadísimo. ¡Qué hermoso espectáculo y cuán acepto a Dios el que se da, cuando al caer el día resuena el hogar con la repetición de las alabanzas a la Augusta Reina del Cielo! Esta común oración congrega ante la imagen de la Virgen en admirable concordia a padres y a hijos que vuelven del trabajo diario; les une piadosamente con los que están ausentes y con los difuntos y les estrecha a todos más íntimamente con el suavísimo vínculo del amor a la Santísima Virgen. Y ésta como Madre amantísima se halla presente en medio de sus hijos y reparte con profusión los dones de la unidad y de la paz doméstica. Entonces la casa de la familia cristiana modelada a ejemplo de la familia de Nazareth se convierte en el domi-

cilio terreno de la santidad y como en templo sagrado en el cual el Rosario mariano no es sólo un cierto y peculiar modo de orar, que a diario sube al cielo con olor de suavidad, sino también escuela eficacísima de vida y de virtud cristianas. Los sagrados misterios de la Redención propuestos a la meditación de los fieles servirán para que los mayores de edad, teniendo ante sus ojos los ejemplos de Jesús y de María, se acostumbren a trasladarlos a la práctica de la vida cotidiana y a sacar de ellos consuelo en los momentos ásperos y difíciles y a sentirse por ellos llamados a los tesoros de los bienes celestes «a donde no llega el ladrón ni corrompe la polilla» (Luc. 12, 33); y de tal modo infundirán en la mente de los niños los principios capitales de la fe cristiana que florecerá casi espontáneamente en su ánimo inocente el amor hacia el benignísimo Redentor, en tanto que ellos, merced al luminoso ejemplo de sus padres, que reverencian de rodillas la majestad de Dios, aprenderán, ya desde sus más tiernos años, el poder que tiene cabe el trono de Dios, la oración en común.

De nuevo por lo tanto no dudamos en afirmar explícitamente que nuestra esperanza para sanar los males de nuestros tiempos, está colocada en el Rosario mariano. La Iglesia no apoyada en la fuerza ni en las armas ni en los recursos humanos sino que impetrado el auxilio divino por medio de estas preces, como armada con la honda davídica, está pronta para batallar impávida con el enemigo infernal, al cual ciertamente pueden aplicarse las voces del joven pastor: «Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo, yo vengo a ti en cambio en el solo nombre del Dios de los ejércitos...; y conocerán toda esta muchedumbre que el Señor vence sin necesidad de espada ni de lanza» (1 reg. 17, 44, 49).

Por todo lo cual deseamos ardientemente que todos, Venerables Hermanos, yendo vosotros delante con la exhortación, respondan con unanimidad de voz y de espíritu y con el mismo ardor de caridad a estas nuestras paternales exhortaciones. Si los males y las maquinaciones de los malos crecen, crezcan también y aumente cada día más la piedad de los buenos; que éstos se esfuercen en alcanzar de nuestra amantísima Madre, principalmente por este modo de orar, a ella en verdad agradabilísimo, que luzcan cuanto antes tiempos mejores para la Iglesia y para la familia humana.

Roguemos todos, para que la poderosísima Madre de Dios, instada por las súplicas de tantos hijos suyos nos obtenga de su Unigénito, que vuelvan, con el espíritu renovado, a la verdad y a la virtud, los que desgraciadamente se habfan de ellas apartado, que los odios y las envidias que son fuente de las discordias y de desgracias de todo género, se apaguen felizmente; que la paz, una paz que sea verdadera, justa y sincera brille para los individuos y las familias, para los

pueblos y las naciones; que puestos a salvo, en fin, como es obligado, los derechos de la Iglesia, aquel influjo benéfico que de ella nace, derramándose en el ánimo de los hombres, en las clases de la sociedad y por los mismos conductos vitales del Estado, una en fraterno vínculo la familia de los pueblos y la conduzca a una prosperidad tal que tempere, defienda y coordine los derechos y los deberes de todos y que a nadie dañe, y sean de este modo cada día mayores la mutua inteligencia, el mutuo sentir y la obra.

El Rosario, medio eficaz para sanar los males presentes

No se alejen de vuestro pensamiento, Venerables Hermanos y amados hijos, mientras suplicantes enlazáis las nuevas flores del rosario mariano, no se alejen de vuestro pensamiento, decimos, los que en el cautiverio, en las cárceles y en los campos de concentración se hallan tristemente retenidos. Se encuentran entre ellos, como sabéis, Obispos incluso, arrojados de sus sedes por haber vindicado con esforzado ánimo los sagrados derechos de Dios y de la Iglesia; hay hijos, padres y madres de familia arrancados lejos de sus hogares, los cuales arrastran su desgraciada vida por tierras desconocidas y países extraños. A la manera como Nosotros les amamos con particular afecto y les estrechamos contra nuestro paternal corazón, así vosotros, movidos de aquel amor fraterno que la religión cristiana alimenta y nutre, orando juntamente con nosotros a los pies del altar de la Virgen Madre de Dios, encomendades fervorosamente a su Materno Corazón. Ella, sin duda, aminorará y aliviará sus sufrimientos, con la esperanza del premio eterno y apresurará lo más posible, como ardientemente lo esperamos, el fin de tan gran cúmulo de desgracias.

No dudando, Venerables Hermanos, que con aquella solícita diligencia, en vosotros acostumbrada, haréis llegar a vuestro clero y a vuestra grey, del modo que juzguéis más apto, estas nuestras paternales exhortaciones y seguros, asimismo, de que cuantos en cualquier parte de la tierra, son hijos nuestros en Cristo, han de corresponder libre y espontáneamente a nuestra invitación, como testimonio de nuestro agradecido afecto y en prenda de las gracias celestes, a todos y cada uno de vosotros y a la grey que os está particularmente encomendada —a aquéllos especialmente que de manera principal en el mes de octubre, rezan el Santo Rosario a nuestra intención—, impartimos la bendición apostólica con abundosa caridad.

Dado en Roma, en San Pedro, el 15 de septiembre, en la festividad de los Siete Dolores de la Bienaventurada Virgen María, del año 1951, trece de nuestro pontificado.

Pío Papa XII

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: ¿Desde cuándo tiene la caridad por límite las fronteras de África?, por Marysia Wincowska (págs. 401 y 402) ★ La madre Inés de Lisieux, por S. E. Giuseppe d'Avack (págs. 404 y 405) ★ Del reino de Cristo: Carta de un misionero (pág. 406) ★ De una carta de China, por C. (págs. 407 y 408) ★ ¿Católico y masón?, por el P. Víctor Iriarte, S. I. (págs. 409 y 410) ★ Encíclica de S. S. Pío XII sobre el rezo del Santo Rosario (págs. 412 y 413) ★ EL BIELDO Y LA CRIBA: Una visión intelectual de San Ignacio de Loyola, por Jesús Marañón (págs. 414 y 415) ★ Situación de los católicos en Sulza (págs. 415 y 416) ★ La Cruzada de Occidente: «Sentir conocimiento», por C. (págs. 417 y 418.) ★ ¿En vísperas de la tercera guerra mundial?, por José-Oriol Cuffi y Canadell (págs. 419 y 420) ★ De la Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 421 y 422) ★ De la Quincena política, por Shehar Yasub (págs. 423 y 424).

ADVERTENCIAS.-CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de grabados originales de CRISTIANDAD sin indicar su procedencia.



Una visión intelectual de San Ignacio de Loyola

La gran figura del glorioso español Ignacio de Loyola tiene tal trascendencia, que, a lo largo de los siglos, continúa siendo fuente inagotable de enseñanzas e interpretaciones. Concretamente, y bajo el aspecto humano, puede contemplarse desde los ángulos más distintos y distantes, sin que por ello se extinga el examen de sus sobre-humanas energías. Para mí hay un estudio particular, que juzgo especialmente interesante: el del españolismo de San Ignacio. Pero éste lo dejo para mejor ocasión.

Ahora voy a intentar analizar una visión intelectual de San Ignacio, realizada por uno de los mejores escritores católicos ingleses: Cristóbal Hollis. Según el editor italiano (Longanesi, Milano; Colección «Il cammeo»), se trata de una biografía del gran Santo, totalmente nueva, con atrevidas familiaridades, no pensadas hasta hoy, capaces de reavivar tareas y aspectos de la actividad de San Ignacio y de la Compañía de Jesús. Aun descontando la parte propagandística del comentario, después de leído el libro detenidamente, lo juzgo bien orientado, así como también la afirmación editorial sobre que la obra acredita una gran preparación histórica y estudios muy recientes. Se puede, pues, considerar al libro digno de ostentar el título de «camafeo», que se aplica a la colección en la que figura.

El autor enfoca la biografía en una orientación netamente intelectual; más bien debiera calificarse de «ensayista». Baste recordar que el primer capítulo se titula: «La importancia de ser Santo». Pero a medida que el autor avanza en la contemplación de la vida de San Ignacio, la enorme grandeza de éste se impone a los propósitos del escritor, hasta el punto que el último capítulo es un verdadero cántico religioso, en el que, bajo el epígrafe «el mensaje de San Ignacio», ensalza a éste como enamorado de Dios. Y escribe: «Que el Santo haya fundado la Compañía, que haya sido el reconstructor de Europa, tales cosas, en la vida de semejante hombre, son secundarias.» Terminando el capítulo y el libro con la hermosísima oración ignaciana:

«Tomad, Señor, y recibid...» (en latín). Semejante transformación de Hollis —que es un milagro más de San Ignacio— hace que se salven los reparos que podrían aplicarse a bastantes de sus comentarios y disquisiciones.

Es, pues, muy estimable la aportación del escritor inglés a la bibliografía ignaciana. Tanto más que las interpretaciones intelectuales del Santo son casi siempre inadmisibles. Baste recordar el deleznable y tendencioso juicio del historiador portugués Oliveira Martins, no obstante el elogio que mereció de don Miguel de Unamuno. Ni siquiera las apreciaciones de Papini (en «Los operarios de la viña») reconocen a San Ignacio su verdadero valor. Y es que no se puede juzgar a un Santo friamente, por grande que sea la inteligencia del juzgador. La mejor dimensión del Santo es la profundidad, y para abarcarla es preciso poner a contribución todas las potencias del espíritu y especialmente el corazón.

Como dijo Newman, «es una cosa peligrosa y un privilegio demasiado elevado para los pecadores, como nosotros, conocer los mejores y más íntimos pensamientos de los servidores de Dios». Claro es que en el caso de San Ignacio esto es más factible gracias a su «Autobiografía» y, sobre todo, a sus imponderables «Ejercicios espirituales». Pero, aun con todo ello, sólo espíritus superiores, como el P. Ignacio Casanovas, puede entrar en tales intimidades. Y demos gracias a Dios que los pecadores hayamos podido asomarnos a ese tesoro escondido a través de la obra del insigne jesuita español.

Aun cuando el autor manifiesta que «el cuerpo central del libro será dedicado a la grandeza de San Ignacio», se apresura a declarar que no es un apologista deshonesto y servil y a señalar las deficiencias que le parece reconocer en San Ignacio: «Primera, su incapacidad para el goce intelectual; segunda, la falta de satisfacción al contemplar o participar en el maravilloso desfile de la vida.» Ciertamente, no son graves los reparos; pero es que, además, no son verdaderos. Con textos del propio libro pueden rebatirse: así,

al discurrir sobre la pérdida del sentido religioso y criticar la erudición especializada, escribe: «Durante trescientos cincuenta años, la Compañía de Jesús ha rechazado los ataques de los especialistas y ha salvado a los católicos de la enfadosa adoración a la letra y de la erudición, que es también un gran enemigo de la felicidad en todas partes, en las zonas no católicas de Europa» (pág. 312). Y en cuanto a la supuesta insensibilidad de San Ignacio ante la naturaleza, no pasa de ser una falsa interpretación del autor sobre la mística actitud del Santo, quien gustaba, ciertamente, y mucho, de contemplar el cielo estrellado (desde la azotea de la casa de Roma), y al volver de tan altos deliquios, forzosamente tenía que encontrar a la tierra baja y miserable...

Los mayores aciertos del estudio guardan relación con el aspecto histórico de San Ignacio y de su época. Tal acontece al examinar el autor, con agudeza, la actitud —tan certera y prudente— del Santo ante la Inquisición; fijándose Hollis en que al no autorizar San Ignacio al P. Miron para que el rey Juan de Portugal (gran protector de la Compañía) le nombrase Inquisidor en aquella nación, parecía mostrarse opuesto a la Institución y, sin embargo, siempre la consideró como un medio eficaz para velar por la pureza de la doctrina y la moral católicas. También es muy fina la apreciación del escritor inglés acerca de la actitud del Pontífice Paulo IV contra la Compañía de Jesús, enlazándola con la enemiga que este Papa sintió frente a España: juicio que sirve para enaltecer —en justicia— el españolismo de San Ignacio y de su Compañía.

Aunque no lo quiera, el autor se deja llevar de su entusiasmo más de una vez, haciendo caso omiso de la flemma británica; y así, al examinar los grandes progresos de la Compañía de Jesús en los años siguientes a su fundación, exclama: «La rapidez de sus progresos puede tal vez ser parangonada únicamente con aquellas de las que surgieron los imperios de Alejandro y de Napoleón.» Y en tal juicio habrá entusiasmo, pero no exageración.

Era inevitable que la tendencia al «ensayo», tan atrevida en el libro de Hollis, tropezase alguna vez con nuestra Patria y que, en el choque, ésta saliese mal parada. Sostiene el autor que, «indudablemente, las mezquinas persecuciones que indujeron a San Ignacio a dejar a España fueron providenciales»; y ningún reparo cabe oponer a esta aseveración que, claro es, se refiere al momento en que el Santo abandona la gran Universidad salmantina para instalarse en la de París, no menos célebre. Pero a continuación, Hollis anota esta deleznable afirma-

ción: «Los Pirineos eran entonces, como lo son hoy, la más sólida frontera de Europa», es decir, que para el escritor inglés, Europa empieza en los Pirineos. Tan es así, que más adelante escribe: «España, que bajo ciertos aspectos es la más fascinadora y por muchos otros la más prudente de las naciones europeas, no pertenece ni ha pertenecido jamás a Europa.» Para explicar tan disparatado juicio, aduce Hollis que como España rechazó el evangelio de la Revolución (y esto fué su salvación y constituye su gloria, ha de contestarse), el Renacimiento no lo sintió de cerca y la Reforma no se introdujo en ella por completo («¡Deo gratias!», podemos decir). «Difícilmente una ciudad española podía llegar a ser el centro de un gran movimiento intelectual capaz de sacudir a Europa» (O. cit. pág. 121) (1).

(1) Muy a cuento viene un certero comentario de Calvo Serer: «Desde la gran guerra, se ha perdido el optimismo de los pueblos anglosajones, que hacía despreciar a los latinos. El protestantismo atraviesa una faz de debilitación extrema. El prestigio de la Iglesia aumenta a medida que se hace evidente su misión constructiva en un mundo en disolución. La Reforma

No cabe en estos comentarios sostener a fondo una discusión sobre el tema que plantea el escritor inglés. Limitándome al episodio ignaciano, interesa recordar que el fracaso de San Ignacio, tanto en la Universidad de Alcalá de Henares como en la de Salamanca, se produjo por causas o motivos netamente religiosos, es decir, que ello no representó la incapacidad o impotencia intelectuales de aquellos dos grandes centros del saber europeo y universal en el siglo xvi. Tan es así, que cuando Ignacio se instaló en París modificó resueltamente su táctica y los procedimientos de sus estudios, según el propio Hollis declara: «San Ignacio reconoció el error cometido en Alcalá, cuando había intentado estudiar demasiadas materias a un tiempo, y trató de unir, más bien diríamos compatibilizar, la vida de estudiante con la de mendigo» (pág. 123). En París, en efecto, se entregó en alma y

y el Renacimiento son hoy considerados de manera muy diferente a como era habitual en el siglo pasado. La Historia de España adquiere así su propio relieve y significación». («España sin problema», pág. 158).

cuerpo al estudio, sin renunciar, claro es, a sus ansias de perfección ni a sus misiones apostólicas, ya que fué allí donde ganó para la Iglesia al gran Javier, formó su primer grupo estable y, con la consagración de Montmartre, dió origen a la invicta Compañía de Jesús.

El precedente ensayo expresa con fuerza incontestable el tono y el estilo del libro de Cristóbal Hollis. Su visión de San Ignacio, pues, está cualificada por una luz intelectual que no da al gran Santo el ímpetu y el relieve debidos. Ese ímpetu que señala Menéndez y Pelayo certeramente como una de las grandezas de la España del siglo xvi; ese ímpetu que nos llevaría a proclamar, con Pemán, a San Ignacio: «Señor y capitán de la Cruzada» de la Iglesia, sobre la cual el P. Orlandis ha escrito con supremo acierto varios artículos en esta Revista, que es de esperar tengan pronto una continuación.

Jesús Marañón

Madrid, Septiembre 1951.

SITUACION DE LOS CATOLICOS EN SUIZA

Quien desee formarse una idea del Catolicismo en Suiza no debe olvidar que esta nación está constituida por veinticinco pequeños Estados, cada uno con sus propias leyes y gobierno independiente, aunque todos ellos agrupados desde 1848 en la Constitución Federal Suiza.

Estos pequeños Estados o cantones son, pues, muy diferentes en extensión, idioma e historia, así como en su estructura económica y religiosa.

Religiosamente hablando, podrían dividirse los cantones en *católicos*, *protestantes* y *mixtos*; aunque hoy día, debido a la industrialización del país, la infiltración de católicos y protestantes va en aumento. Zurich, la ciudad de Zuinglio y la mayor capital suiza, cuenta con una tercera parte de católicos en su población total. Una organización católica especial se está esforzando desde hace años en proveer de iglesias el área llamada «diáspora», donde, en una mayoría protestante, viven actualmente medio millón de católicos. Por otra parte, los protestantes están también atareados en erigir sus capillas e iglesias en los cantones de mayoría católica. Esta mutua infiltración está todavía muy lejos de nivelar diferencias, tan marcadas en los pequeños cantones suizos.

En 1930, los católicos suizos eran 1.660.000, es decir, el 41 por 100 de la población total, divididos en siete diócesis. Desde entonces el número de católicos ha crecido hasta 1.750.000.

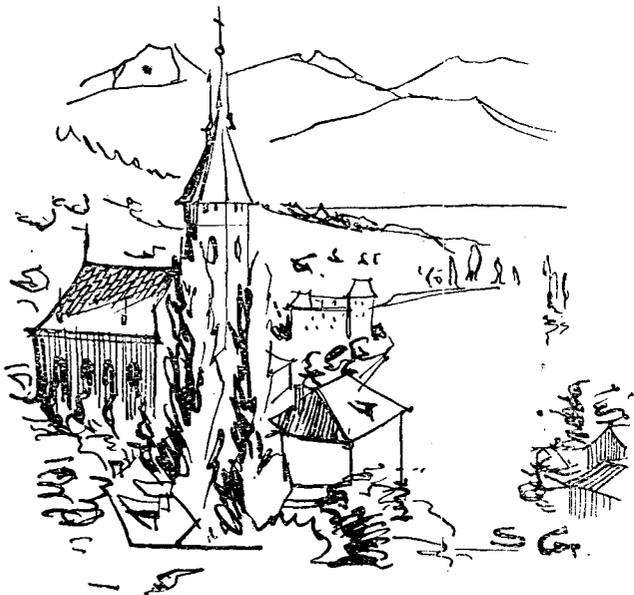
Quien visite Suiza por la parte centro y sur de la nación, se encontrará, a lo largo de los caminos, con muchas capillas y crucifijos, aun en la misma cumbre de los montes; verá religiosas llevando niños a Misa, antes de ir al colegio, y familias muy numerosas reunidas al anochecer para rezar el rosario... Pero, en otros distritos, el escenario será muy distinto: el Catolicismo apenas si aparecerá a primera vista, pues —triste es confesarlo— muchos de sus miembros no lo son más que de nombre; el número

de casamientos mixtos es enorme, y no mucho menor el de divorcios y otras inmoralidades. Dentro de esta masa amorfa actúa siempre una pequeña levadura religiosa, robustecida por un largo y continuo esfuerzo de emancipación.

Organizaciones

Después de muchos esfuerzos por superar particularismos, se fundó, en 1912, el Partido Católico Conservador Suizo («Schweizerische Katholisch-Konservative Volkspartei»). Anteriormente, los católicos, junto con algunos protestantes positivos, ya habían apuntado su primera victoria, cuando, a fines del siglo xix, en un plebiscito general, la nación rehusó tener sus escuelas centralizadas y gobernadas por un espíritu no-cristiano. Entonces cayeron en la cuenta los católicos de que realmente podían ser eficientes luchando con energía y con la ayuda de los que tuvieran unos mismos principios fundamentales. Actualmente, el Partido Conservador Nacional ha sobrepasado la época de mera lucha política, y ejerce gran influencia en el gobierno y en la nación. Las actividades religioso-sociales del Partido están, con muy buen acierto, separadas de sus actividades políticas. En las primeras coopera plenamente con la ya antigua Organización Nacional Católica («Schweizerische Katholischer Volksverein» = S. K. V.), que, por voluntad de los Obispos, es el gran sistema coordinante de toda la actividad católica en el país.

La S. K. V. está dividida en grandes secciones: Enseñanza, Prensa, Caritas, Problemas sociales, etc., pretendiendo todas ellas implantar el Catolicismo en la vida pública y privada de la nación, y, en especial, proteger a la familia de los peligros morales y económicos. Los principales medios que usa son, por una parte, la formación de dirigentes con retiros y cursos especiales, y, por otra, la propaganda publicitaria, las grandes concentraciones católi-



cas, los llamados «Domingos de formación popular», las clases nocturnas, las relaciones culturales con otras confesiones religiosas, etc.

En 1942 se comenzó un vasto programa de «Semanas religiosas para hombres», con intención de asentar en una buena base espiritual la actuación política y social de los miembros de las Parroquias, mediante la frecuencia de Sacramentos y la práctica de la Hora Santa. La S. K. V. se ha sentido siempre responsable del nivel cultural de la familia y de los trabajadores agrícolas en particular. Y en este sentido trabaja por la higiene y el bienestar en los hogares, promueve festivales populares, periódicos religiosos y otros medios de educación y esparcimiento.

Las juventudes tienen también sus organizaciones, agrupadas en «Jóvenes estudiantes» y «Jóvenes trabajadores». Los «Exploradores Católicos» son de antiguo muy florecientes. Existen también las organizaciones femeninas correspondientes. Aunque la S. K. V. pudiera parecer demasiado centralizadora, de hecho no lo es; muchas asociaciones, que ya existían antes de la organización general, viven ahora prácticamente independientes.

Medios de apostolado

Por lo que llevamos dicho fácilmente se entenderá cuán variadas han de ser las actividades del clero católico en Suiza. Una parroquia en una ciudad industrial y otra en una aldea de montaña tienen un grado de catolicismo muy distinto. Un solo ejemplo bastará para darnoslo a entender:

Parroquia de Visperterminen (aldea a 1.340 m. de altura)

Número de católicos (todo el pueblo)	940
Matrimonios mixtos	0
Número de hijos por familia	6 ó 7
Cambios de domicilio (en 1941)	0
Comuniones por año	50.000

Parroquia de Liebfrauen (en la ciudad de Zurich)

Número de católicos (1/3 de sus habitantes)	11.000
Matrimonios mixtos	1.046
» católicos	1.100
Número de hijos por familia	1 ó 2
Cambios de domicilio (en 1941)	8.115
Comuniones por año	146.000

Las misiones parroquiales se multiplican con gran éxito por todo el país. Duran, generalmente, tres semanas y se

extienden gradualmente de los niños a los hombres. En varias partes se han ensayado las misiones familiares, de casa en casa, con muy buenos resultados.

Los Retiros espirituales son notables no sólo por la diversidad de los auditorios (obreros, sacerdotes, conversos, universitarios, camareros de hotel, dependientas, etc.), sino también por las materias que en ellos se proponen, tales como la liturgia, la preparación para el matrimonio, lecciones sobre el Nuevo Testamento, etc. Esta gran adaptabilidad hace que todos los Retiros estén relativamente muy concurridos. Se va introduciendo también la buena costumbre de practicar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, principalmente para los que luego han de influir más sobre sus prójimos.

Paralelo a este movimiento de misiones, retiros y Ejercicios está el de la difusión de la Sagrada Biblia, sostenido en su mayor parte por universitarios. A este propósito se organizan conferencias y cursos, que llegan a durar ocho o diez días. La abundante publicación de comentarios populares sobre la Sagrada Escritura ayuda notablemente a esta instrucción bíblica del pueblo. Se han editado también cuatro tipos populares del Misal Romano, con gran aceptación; la Misa dialogada va cobrando gran popularidad, así como el canto gregoriano y otros himnos religiosos.

No es tan notable todavía el apostolado entre las clases trabajadoras, si bien se han realizado con éxito algunas reformas aisladas, pero definitivas. El Partido Católico Conservativo Nacional está llevando a la práctica un programa social aprobado por los Obispos. Los suizos somos, en general, un poco lentos en adoptar medios nuevos o extraordinarios; pero, además, quizá puede decirse que los problemas sociales son actualmente, en Suiza, menos urgentes que en otras naciones de Europa, ya que el pueblo está más nivelado económicamente, por faltar en absoluto las temibles concentraciones del capital, y, por otra parte, las familias en extrema necesidad. Así es que en Suiza apenas puede decirse que existe el proletarianismo, en el peor sentido de esta palabra.

Y, ¿cuál es la contribución personal de los católicos suizos en las Misiones extranjeras? Suiza no puede sostener muchas Misiones por sí sola —actualmente sólo mantiene tres—. Pero la mayoría de sus misioneros están dispersos en Misiones de otras naciones. Este hecho resultó muy ventajoso durante la pasada guerra mundial, ya que, perteneciendo los Padres Suizos a una nación neutral, pudieron atender las obras apostólicas de sus hermanos de otras nacionalidades que eran internados por las fuerzas ocupantes. A 1.178 ascendía el número de misioneros suizos en 1942, incluyendo 738 misioneras y cinco médicos.

Enseñanza

La Constitución Federal garantiza el derecho de los padres a la educación religiosa de sus hijos. Sin embargo, la capacidad de dar una sólida educación según el espíritu cristiano es hoy muy exigua en muchísimos padres de familia. Por otra parte, los desastrosos efectos del divorcio, contraconcepcionismo, etc., aparecen cada día más evidentes, y comienzan a convencer a los educadores de que la vida íntegra de familia es el primer centro de educación y que, por consiguiente, ha de ser mayor la colaboración entre la familia y la escuela. En una nación de población religiosa mixta, los católicos insisten sin cesar en tener sus escuelas confesionales. Pero no siempre es fácil conseguir las, simplemente porque el Gobierno, en muchos cantones, negaría su asistencia. La libertad religiosa del país concede, con todo, a los católicos, el derecho de inspección en las escuelas oficiales mixtas; ésta es, entonces, la única influencia religiosa directa.

La situación es, sin embargo, muy distinta en los diferentes cantones, por ser todos ellos autónomos en materia de enseñanza. En la zona católica predominan, natu-

ralmente, las escuelas católicas, regidas, en su mayoría, por religiosos y religiosas. En otras regiones, en cambio, la instrucción religiosa no entra en el programa oficial: no se reza al comenzar las clases, y ni siquiera el Crucifijo las preside.

Hay cantones en que la instrucción religiosa se permite, con tal de que la asistencia sea libre y fuera de los tiempos de clase, mientras que en otras partes los niños están obligados a presentar dispensa escrita por no haber asistido a la instrucción religiosa interconfesional.

El Estado no interviene en materias de segunda enseñanza si no es para fijar a los colegios un nivel mínimo que han de alcanzar los alumnos antes de pasar a la Universidad, o para promover e inspeccionar la instrucción física.

De acuerdo con la Constitución Federal, los cantones son los que deben regir oficialmente los colegios de primera enseñanza, aunque no se excluye el personal religioso. De hecho, en el cantón católico de Friburgo, las escuelas, tanto católicas como protestantes, son privadas y están subvencionadas por el Estado; y no es ésta una excepción aislada: muchos son actualmente los colegios privados que gozan de las mismas ventajas que las oficiales, aun en los deportes, juegos y diversiones.

En esta misma Constitución Federal hay otro deplorable artículo vetando a los jesuitas enseñar y predicar en la nación, introducido a fines del siglo pasado, a consecuencia de varias polémicas confesionales. Por esta y otras razones hay, en muchos distritos, una considerable desproporción entre el número de niños y el de maestros o educadores católicos. Los Padres Benedictinos y Capuchinos y el clero secular son los que tienen mayor número de colegios en Suiza. La orientación general de su educación está centrada en la formación integral de la persona humana en un espíritu católico y federal, en oposición a la superespecialización tan en boga en otras escuelas.

Tenemos también en Friburgo una Universidad católica, que, aunque en período de crecimiento, goza ya de cierta fama internacional. En cualquier otra Universidad del país, los graduados católicos tienen ocasión de asistir a un sinnúmero de conferencias religioso-filosóficas o sociales, y en muchas partes se agrupan los universitarios en círculos de estudio de carácter religioso, pero en los que se discuten también los problemas de las diferentes profesiones. Los domingos hay siempre servicios religiosos especiales para universitarios.

Publicaciones

Un rasgo característico del federalismo suizo, aun dentro del Catolicismo, es el enorme número de periódicos y revistas que se editan. Hemos ido mencionando ya varias publicaciones a lo largo de este artículo. En 1939, eran 76 los periódicos católicos. De ellos, sólo tres pasan de las 50.000 suscripciones. Son, pues, en su mayoría, periódicos locales. Sin embargo, todos pueden sostenerse fácilmente por estar apoyados por el pueblo y ser el portavoz de su pensamiento político y social. También se publican algunas revistas de estudios políticos y culturales bajo el punto de vista católico, como, por ejemplo, la «Orientierung» («Orientación»), que aparece dos veces al mes.

En el Congreso católico suizo de 1924 se hizo notar la inferioridad de los católicos en el campo de las publicaciones científicas, con respecto al sector no-católico. Tampoco ahora es muy alto el tanto por ciento de nuevas publicaciones científicas y literarias, pero mucho se ha logrado desde entonces. Ha mejorado notablemente, por ejemplo, la revista cultural «Schweizerische Rundschau» (Revista Suiza); otro gran éxito ha sido la fundación de la «Sociedad Artística de San Lucas», también con su periódico y sus notables modelos de arquitectura religiosa, etcétera.

No debe olvidarse, por otra parte, que el Catolicismo suizo todavía no se ha recobrado plenamente de la seria catástrofe que sufrió al perder por la llamada Reforma los principales apoyos de su poder cultural y político: Zurich, Berna, Basilea, etc., quedando Lucerna y Friburgo como únicos centros católicos en la parte de habla francesa y alemana. Pero es un hecho que los católicos están ahora en una buena posición cultural y hay una gran esperanza de perfeccionar lo que sea todavía defectuoso.

En conclusión, podemos decir que, si bien la actividad religiosa del Catolicismo suizo no ha mostrado éxitos muy espectaculares, con todo, algunas corrientes actuales, tales como la difusión de la Biblia y el movimiento litúrgico, etc., están ejerciendo en Suiza una influencia más decisiva que en otros países. El Catolicismo suizo no ha caído en las exageraciones de ciertas escuelas de piedad, sino que ha sabido combinar la renovación litúrgica con un nuevo interés por la Sagrada Escritura y por las profundas meditaciones de los Ejercicios Espirituales.

Wolf Rohrer, S. J.

LA CRUZADA DE OCCIDENTE

«SENTIR CONOCIMIENTO»

Para nosotros, esta a manera de sentencia, o síntesis abreviada de San Ignacio de Loyola, fué como una parada en seco.

Pocas veces se ha dicho tanto en tan poco sitio. De todo cuanto hemos entendido, deducido o intuído, de la vida de Iñigo, nada dice tanto como esta sentencia, o forma de expresión. Casi nos atrevemos a decir que estas palabras podrían utilizarse como clave para descifrar, si ello fuera preciso, toda su vida.

Sentir y conocer son dos verbos adecuados que expresan, cada uno, una función del corazón o del entendimiento. Lo que a nadie, que sepamos nosotros, se le había ocurrido es el establecer relación de dependencia entre uno y otro hecho funcional. Pero además, si alguien se había ocupado de esta cuestión, estableciendo relación de consecuencia entre una y otra función, siempre había sido partiendo del conocimiento que define y limita al sentimiento.

En San Ignacio, según entendemos nosotros, el hecho se produce al revés, y en esta alteración de modo estriba la trascendencia de la concepción.

Ignacio fué sentido y razón alternativamente. Sus principios pueden equipararse a los de un «pura sangre» que, hostigado por su propio gran temperamento, piafa y se agita en movimientos nerviosos e impacientes, en busca de un sentido de dirección a su carrera.

Su condición nerviosa le lleva a entregarse totalmente al mandato de su todavía ciego impulso y, dejándose llevar de las fuerzas de su sentimiento, se define con la violencia de los movimientos iniciales. La luz de Dios, al penetrar en él, provoca un incendio que apenas puede ser contenido.

El conocimiento vislumbrado de la verdad le lleva a decisiones totales y a fórmulas radicales de entrega definitiva.

La luz del principio del «conocimiento» es en Iñigo fuego de «sentir».

La sensación abrasadora le inflama y le consume.

Sus movimientos pueden equipararse a los de un meteoro que cruza el espacio inflamado y vertiginosamente.

No vamos a definir, ni pretendemos trazar un esquema bio-

ACTUALIDAD

gráfico del Santo. Pretendemos, esto sí, entender su clara indicación y seguir, si podemos, el camino que en y con esta síntesis nos traza. Para ello necesitamos partir de él, ya que creemos que en él está la mejor y más auténtica demostración de la verdad que encierran sus palabras.

Manresa, Barcelona y Palestina son momentos inflamados por este fuego abrasador. El sentimiento avasallador lo domina todo. La razón es arrastrada y avasallada por esta fuerza elemental de fuego incontenible.

Luego viene el regreso, el lento y penoso regreso hacia la forma necesaria. La etapa formativa está llena, todavía, de violentos contrastes entre el corazón y la cabeza. Barcelona, Alcalá y Salamanca son tres fases de una misma batalla. Dos fuerzas tremendas se encuentran, frente a frente, en el cuerpo esquilado de un hombre. La Divina Providencia quiso que se produjese, dentro de la forma macerada y escuálida del cuerpo de Ignacio, la más tremenda forja de idea que podía darse en los tiempos decisivos de la lucha entre la reforma y contrarreforma.

París es ya, posiblemente, más que forja, crisol.

Los largos y penosos años de formación teológico-filosófica han hecho de la presencia humana de Ignacio en la tierra paradigma de intransigencia y de serenidad.

El sentir y el conocer se establecen como los carbones de un arco voltaico, y entre ellos, limitada y contenida por ellos, brota y permanece, dominada y luminosa, la llama viva de la esencia ignaciana.

Sentir conocimiento. Los años largos y duros del noviciado han acumulado una ingente medida de saber, pero no de un saber artificial o meramente articulado. En Ignacio la sabiduría vive de la llama y la luz del sentimiento.

Sentir conocimiento. La fría e importante estructura del saber humano, que tanto forma y deforma, en Ignacio es mecánica de un incesante movimiento. La llama del sentir caldea y activa la razón ponderada de todo pensamiento.

Sentir conocimiento. Sentir es algo y conocer es poco. El sentimiento que cabe en un simple corazón de hombre es pequeña e insignificante proporción. El saber que puede amueblar un simple cerebro es poco saber.

Sentir conocimiento es la forma única mediante la cual el hombre puede dar el máximo exponente de su capacidad.

Cuando el conocimiento puede sentirse es cuando adquiere su plenitud y puede expresarse de manera que su beneficio trascienda y se aplique a los demás seres.

Sentir conocimiento es, por lo tanto, muy distinto de conocer sentido. Lo primero sirve para dar calidad de fuerza y movimiento al concepto engendrado por la idea. Lo segundo se limita a la fría articulación de estos conceptos, que constituyen la gama limitada de conocimientos, que forman el acervo de lo que llamamos saber humano.

Para llegar a poder aquilatar la trascendencia humana de la aportación de San Ignacio precisaría poder imaginarse lo que debió ser el tumulto interior del Santo, cuando el contraste que en él se producía se manifestaba en toda su plenitud.

Su obra de Ejercicios es, a nuestro entender, expresión anticipada de lo que iba a ser en él este tremendo contraste. No creemos que en el curso dilatado de la Historia se haya producido un caso similar de violencia en la asimilación de la verdad. Somos los menos indicados para emitir juicio sobre este particular. Hablamos necesariamente reflejando el sentido de nuestras propias impresiones. Lo que más ha servido para despertar nuestra admiración y extrañeza ha sido precisamente la falta de signos externos de esta grandiosa movilización espiritual.

Sabíamos, todo el mundo sabe, de la gran cosecha que la Cristiandad recoge de aquella siembra inicial, pero, por mucho que imaginemos o deduzcamos, nos es imposible acercarnos a lo que debió ser aquel contraste que estallaba en el pecho de Ignacio.

Sólo una frase así, de vez en vez, puede ponernos sobre la pista. Sentir conocimiento. ¿Cuándo llegó el Santo a esta conclusión? ¿Le llegó anticipadamente por inspiración del Señor o le vino como consecuencia de la experiencia de su propio contraste?

Quisiéramos poder decir cómo entendemos nosotros puede aplicarse esta fórmula a cuanto en la tierra se define por «Verdad».

En estos momentos de pleno y puro sofisma, en los que la humanidad vive un momento de orgía moral y material, que nace precisamente del desvío del hombre hacia la «forma», es cuando

mejor puede destacarse este principio inmutable de San Ignacio de Loyola.

Sentir es función del alma, y en la acepción cristiana es amar, o sea, dar de ti para que otros beneficien de tu disposición caritativa. Amaos los unos a los otros es ley que nace del sentido de amor que Cristo consagró sobre la tierra. Pudo haber dicho: «Conoceos unos a los otros», si hubiera creído que del «conocimiento» podía salir algo que no fuera temor u odio.

La estrategia del mal construye su argumento con razones que arrancan del «conocimiento». El naturalismo materialista, que da al hombre condición fundamental, sitúa a la razón por encima de todo sentimiento. «Conoce», naturalmente, que el hombre es un animal sensible, pero anula y desprecia el «sentir», como alteración inadecuada que precipita a los seres conscientes fuera del trazado matemático de la fría razón. «Conocer sentimiento» podría ser contrapartida materialista a la conclusión de San Ignacio.

El conocimiento y frío análisis del sentimiento lo disminuye en tal forma que en buena tesis materialista debe considerarse como enfermedad sujeta a vigilancia. Así, la síntesis de esto que podríamos llamar doctrina materialista del hombre podría ser la siguiente: «Destruir el sentimiento en todas y cada una de sus múltiples manifestaciones.» En otras palabras: negar al corazón función rectora, dejando a la cabeza la misión de administrar y dirigir todos los impulsos y movimientos humanos.

Todo cuanto nace, por tanto, del alma, y se manifiesta mediante generosos impulsos del corazón, debe ponerse fuera de la ley del hombre, endiosado en la mentira del credo materialista.

Así debe de entenderse, sin paliativos ni timideces, la síntesis a que se llega partiendo del solo «conocer» infatuado de los nombres «sabios» de la Revolución Francesa. Por paliativos o tímidos entendemos cuantos sistemas, hijos de estos principios, vienen a tratar de compaginar su miedo con su comodidad. El liberalismo y sus afinidades quedan necesariamente enjuiciados así, y clasificados entre ellos, por cuanto son ideologías híbridas que, por quererlo ser todo, no son nada, llegándose por ellas a estados confusos que apenas «si conocen ni sienten».

«El conocimiento» esterilizado de todo sentimiento lleva a estas gentes materialistas a negar a Dios y a tratar de extirpar toda razón espiritual, aglutinante de familia y de patria. Niega también el amor en toda la gama de sus manifestaciones. Sustituye la caridad por la administración.

¡Conocer sentimiento o sentir conocimiento! Qué maravilloso distinguo nos plantea la escueta síntesis de la fórmula ignaciana.

Partir del sentimiento de amor para conocer, y una vez adquirido el conocimiento... «Sentir conocimiento»...

Dar calidad de amor a la sabiduría para combatir, por generosidad, la ley de odio del «conocimiento», que vive de la muerte del amor.

La ley materialista del hombre, ley de «conocimiento», lleva a la guerra del hombre contra el hombre. Del solo conocimiento nace la envidia del hombre. El hombre, por sí solo, no es capaz de edificar otra cosa que contraste, al oponer razones de codicia y de egoísmo, a las de sus semejantes.

La ley de amor es ley de sentimiento, y el sentir que mana del alma es don de Dios.

Partiendo de Dios llega Ignacio a darnos, como fórmula final de su contraste, esta síntesis simplísima: Sentir conocimiento... Puede llegarse al fondo del humano saber y, partiendo de Dios, puede llegarse a dar este saber, sentido.

La obra de San Ignacio, que es obra de gran caridad, se extiende sobre la tierra merced al impulso poderoso que recibió al nacer.

Dar sentido de amor de Dios al «saber» o «conocer» del hombre en la tierra es, a nuestro entender, la más trascendental misión que un hombre puede emprender. Es misión de Contrarreforma y con ella se sale al paso a la teoría «avanzada» del racionalismo materialista que, engendrado por la Reforma, nace con la Revolución Francesa.

El mundo está lleno todavía del ramaje enmarañado de teorías «liberales», mediante las que se define la paganía del hombre endiosado por esta nefasta Revolución. Es necesario venir a una poda de «Verdad» para despejar o aclarar definitivamente este paisaje del mundo.

La frase de San Ignacio de Loyola, fina y cortante como el filo de un hacha, puede servir una vez más a ordenar los conceptos.

C.

Una intervención frustrada de Roosevelt

Trascendental telegrama de Bullit a Cordell Hull

El expansionismo japonés

Decíamos en el artículo anterior que mientras las democracias occidentales europeas y la Unión Soviética, respectiva y antagónicamente, tomaban como punto de referencia de su política exterior la amistad creciente con la Alemania nacionalsocialista, lo cual, como es lógico suponer, representaba un motivo constante de fricción entre las potencias liberales y el Estado mastodóntico de la URSS, Roosevelt aparecía externamente alejado de la tramoya que se estaba levantando en Europa, como si aguardase cautelosamente la hora de su intervención (1).

Ésta pareció factible en los primeros días de enero de 1938; pero no de un modo tan evidente como para que el huésped de la Casa Blanca olvidase consultar los círculos dirigentes londinenses sobre la oportunidad de su oferta.

¿Qué se proponía Roosevelt?

La contestación resulta ahora muy fácil, tan fácil que todavía hoy existen algunos que quisieran dudar de su trágica realidad. Roosevelt ambicionaba nada menos que lograr un entendimiento perfecto entre el mundo democrático y el régimen de Stalin, sirviéndose, como medio adecuado, de la amenaza que podía representar para el conglomerado liberalcomunista el renaciente expansionismo japonés.

La jugada era, posiblemente, acertada, pero el oráculo que inspiraba entonces la política francesa y la británica, singularmente, se expresaba en un tono tan acusado de antistalinismo, que la tentativa del Presidente norteamericano fué rechazada *sine die*.

Pero vayamos por partes. «Al iniciarse 1937 —se ha escrito—, cuando Roosevelt fué reelegido, había en el aire olor de guerra que venía de cuatro bien diversas direcciones: España, Japón, Italia y Alemania. Las primeras sombras de la nueva crisis económica volvieron a perfilarse en el cielo de los Estados Unidos durante el mes de julio, y en este mismo mes el Japón inició, desde el puente de Marco Polo, la invasión de la China septentrional. En un mes, las divisiones niponas ocuparon la ciudad de Pekín y atacaron a Shanghai» (2).

He aquí un magnífico pretexto para que Roosevelt intentara llevar adelante sus oscuros propósitos.

Roosevelt decide intervenir

Ya hemos visto en el artículo precedente, por la revelación explícita de Ribbentrop, que el plan de Hitler suponía la guerra contra la Unión Soviética, previo un acuerdo con los países de Occidente. No es extraño que Roosevelt decidiera intervenir rápidamente antes de que fuera demasiado tarde, para terminar con el juego tripartito que se estaba jugando en el viejo continente y establecer una sólida alianza entre el Foreign Office, el Kremlin y el Quai d'Orsay, bajo sus auspicios y su alta protección.

«En enero de 1938 —escribe el autor ya mencionado— tuve la ocasión de entrevistarme con uno de los más íntimos colaboradores del Presidente. Le pregunté si Roosevelt estaba al corriente de la crisis económica de la nación.

(1) Véase el artículo publicado en el número 177 y 178 de *CRISTIANIDAD: La Unión Soviética, Hitler y las democracias occidentales*. Por un error aparecen equivocadas las fechas en los títulos de los dos primeros dibujos que ilustran dicho artículo. Han de decir: *Berchtesgaden 1938 y Moscú 1939*.

(2) Jhon T. Flynn. *El mito de Roosevelt*, pág. 95.

A la respuesta afirmativa de mi interlocutor repliqué preguntándole qué medidas pensaba adoptar el Presidente. «Volver a gastar... Naturalmente, usted sabe que la guerra es inminente.» Cuando le pregunté contra quién, dónde y cómo deberíamos combatir, el colaborador de Roosevelt me contestó: «Contra el Japón y en Sudamérica» (3).

Con este antecedente aparece más clara la intención que guiaba al Presidente norteamericano al intentar mezclarse en los problemas europeos.

La decisión estaba tomada en la Casa Blanca, y la tentativa se llevó a cabo el día 11 de enero de 1938, según nos la refiere concretamente el señor Churchill:

«En la tarde del 11 de enero de 1938, Summer Welles, subsecretario americano de Estado, visitó al embajador inglés en Washington. Llevaba un mensaje confidencial y secreto de Roosevelt a Chamberlain. El Presidente, temeroso de un empeoramiento de la situación internacional, proponía convocar en Washington a los representantes de ciertos gobiernos para discutir las causas íntimas de las diferencias existentes. Pero antes deseaba consultar la opinión del gobierno inglés y quería que ningún otro gabinete fuese informado de la naturaleza, ni siquiera de la existencia de sus propósitos. Solicitó que el 17 de enero, como máximo, se le respondiera, y anunció que sólo si su sugerencia encontraba «la aprobación y entero apoyo de S. M.» se dirigiría a los gobiernos de Francia, Italia y Alemania. Se trataba —comenta Churchill— de un paso de formidable e incommensurable importancia.»

Tenemos, por consiguiente, al tímido Roosevelt tratando de captar al gobierno londinense para dar inicio a su maniobra, que, de tener éxito, le convertiría en árbitro de los destinos europeos. Es posible que Churchill —sus lamentos posteriores parecen darlo a entender— entrara también en la conjura tramada por el Presidente norteamericano; algo debió influir en este aspecto el consejo judío del Presidente, el influyente Bernard Baruch, en el transcurso de una reciente visita a Europa (4). Los acontecimientos posteriores han demostrado fehacientemente los móviles que impulsaban la política rooseveltiana, pero los documentos y las consignas que nos han sido ahora desveladas prueban palmariamente que la salvación de la experiencia soviética era ya, en aquellos lejanos días, el núcleo substancial de los objetivos de Roosevelt; la amenaza que podía representar el Imperio del Sol Naciente constituía, a este fin, el nexo de unión capaz de hermanar los designios del mundo democrático y de la poderosa URSS.

«Atención a Oriente»

La maniobra iniciada en Washington contaba con varios colaboradores significados, además de Churchill, en Europa; entre ellos, el ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, Anthony Eden, entusiasta propugnador de una política que tuviese como fundamento la concreción

(3) Obra cit. pág. 104. Y continúa diciendo Jhon T. Flynn: «En aquel momento el Japón, después del hundimiento del «Panay», aparecía como el más probable enemigo, pero puesto que no parecía que hubiese muchas probabilidades de poder llevar a los americanos a combatir en Extremo Oriente, América del Sur aparecía como el más probable campo de batalla para estimular los temores y las emociones del pueblo. No había nada de nuevo en este modo de pensar y obrar.»

(4) «Bernard Baruch telegrafía anunciando que nos escribe acerca de los resultados de su entrevista con el Presidente (después de nuestras pláticas de Londres). No dudo de que el discurso del Presidente contra las dictaduras ha sido influido ampliamente por lo entre nosotros hablado.» Carta de Churchill a Eden, 20 de septiembre de 1937.

ACTUALIDAD

de «relaciones íntimas con la Rusia Soviética» (5). Sin embargo, el Jefe del Gobierno británico, Chamberlain, obrando como impulsado por extraños móviles, rechazó la oferta del Presidente Roosevelt (6). ¿Quién podía influir tan poderosamente sobre Chamberlain?

Eden, al tener conocimiento de la decisión del Primer Ministro, presentó la dimisión irrevocable de su cargo. Mucho se especuló, en aquellos días, sobre la causa verdadera de dicha dimisión, pues mientras se intentaba presentarla como una velada protesta contra las conversaciones entabladas por Chamberlain con Mussolini, Eden precisó su postura con estas taxativas palabras: «He hablado de las discrepancias inmediatas que me han separado de mis colegas. No sería franco si pretendiera que se trata de una cuestión aislada. No es así. En las últimas semanas se produjeron divergencias fundamentales acerca de una importantísima decisión de política extranjera, no concerniente a Italia para nada» (7). No andaban del todo desencaminados los rojos españoles al interpretar como un grave presagio para su futuro la ausencia del conservador Eden del equipo gubernamental inglés.

Es probable, igualmente, que ciertos elementos influyentes del socialismo británico, específicamente, apoyasen ocultamente los planes de Roosevelt. Para hacer semejante conjetura tenemos el testimonio del socialista español Manuel Cordero, que en el mismo mes de agosto de 1939 asistió en Bruselas a una reunión de la Internacional Sindical (F. S. I.) y de la Internacional Socialista Obrera, convocada a instancias de los laboristas ingleses. Del referido, y en sus tiempos famoso «camarada» Cordero, nos ha quedado una relación publicada en un diario de Barcelona sobre las finalidades de las jornadas socialistas de Bruselas, y que están en estrecha vinculación con lo que acabamos de apuntar. Dice Manuel Cordero:

«Prepara el ánimo para conocer cosas de importancia universal. Tiende la vista hacia Oriente... Estamos, acaso, en los preludios de un acontecimiento histórico de consecuencias insospechadas. Atención a Oriente.»

Y prosigue: «El proletariado va a entrar, seguramente, en un periodo de gran agitación y de lucha eficaz contra el imperialismo fascista. Norteamérica jugará un papel importantísimo en este acontecimiento. Atención a Oriente... Nos hallamos en presencia de acontecimientos que producirán el asombro del mundo. En ellos actuarían como elementos principales, Inglaterra, Francia, Rusia y Norteamérica. Son los cuatro caballos del Apocalipsis de la gran epopeya que se está preparando...» (8).

La alusión parece evidente. Los elementos que en la sombra lanzaban tremendas consignas amenazadoras contra la Alemania perseguidora de los judíos, veían seguramente con inefable gozo cómo al impulso de la Casa Blanca iba trenzándose segura, aunque lentamente, la coalición futura que se convertiría, más tarde, en el consejo rector supremo y supremo árbitro de los destinos mundiales. Lo que está ocurriendo en estos momentos angustiosos, abocado el mundo a una nueva y sangrienta guerra, más universal si cabe —en frase del general Guderian— que las dos que la precedieron, no puede entenderse suficientemente en todas sus características y en todos sus inmensos peligros, sin recordar la actuación política que se impuso el difunto Presidente de los Estados Unidos, F. Delano Roosevelt, en el ámbito internacional, desde el primer instante de su elevación al máximo sitio de honor y de responsabilidad de su país.

Sin embargo, Roosevelt hubo de hacer en aquel entonces marcha atrás. El momento no era todavía propicio. También desde la sombra, y quién sabe si también desde los

(5) Winston S. Churchill. *Memorias*. Tomo I. primera parte. pág. 282.

(6) «Es asombroso, incluso ahora, que Chamberlain, hombre de perspectivas tan limitadas y tan inexperto en asuntos europeos, confiase en sí mismo hasta el punto de rechazar la mano amiga que desde la otra orilla del Atlántico se le brindaba» Churchill. Obra cit. pág. 296.

(7) Sesión de la Cámara de los Comunes del 21 de febrero de 1938.

(8) *La Vanguardia* de Barcelona. Núm. del 21 de enero de 1938.

mismos núcleos protagonistas de la conjura antialemana, partían otras consignas más incomprensibles externamente, dirigidas a fomentar y asegurar en las potencias democráticas europeas una actitud contraria, no a los designios revolucionarios de la Unión Soviética, pero sí, probablemente, al personaje que encarnaba la máxima autoridad en la misma: el «camarada» Stalin. Tal vez a la luz de tan insospechado acontecimiento se pueden comprender mejor las palabras de Delbos en la «tenida» masónica, a la que hicimos referencia en el precedente artículo.

El telegrama de Bullit que explica el fracaso de la tentativa de Roosevelt

¿Constituyó la negativa de Chamberlain una sorpresa para Roosevelt? Es muy posible, especialmente si los informes que le facilitó Baruch después de su jira por Europa, se basaban en las seguridades que probablemente hubo de darle Churchill, según puede desprenderse del contexto de su relación sobre el hecho que comentamos.

En tal caso, empero, no hubo de tardar en comprender el porqué de su fracaso. La noticia le llegó pocos días después —el 25 de enero—, resumida en las breves líneas de un telegrama enviado por el embajador norteamericano en París, Bullit, y dirigido al Secretario de Estado, Cordell Hull. Dado el excepcional interés de dicho telegrama, lo reproducimos íntegramente a continuación. Dice así:

«Delbos me ha dicho que él estaba convencido de que Alemania deseaba sinceramente llegar a una inteligencia con Francia en el momento presente. Me ha referido una conversación sostenida días antes con el embajador soviético en París. Los Soviets se quejan de que *el Gobierno francés parece estar laborando en pro de una reconciliación con Alemania*, y el embajador indicó con firmeza que si Francia iniciaba negociaciones serias con Alemania, la Unión Soviética pactaría inmediatamente con la Alemania de Hitler. Delbos dice que su respuesta al embajador fué que él estaba bien seguro de que Alemania preferiría llegar a una inteligencia con Francia antes que con la Unión Soviética, y que *tal intento por parte de los Soviets será anticipado por Francia*. Que una aplicación de la situación era de que la Unión Soviética no podría vender a nadie su amistad en estos momentos, porque no hay compradores para tal mercancía. En el curso de una discusión sobre la situación general, Delbos dijo que, aunque Inglaterra estaba «flirteando» constantemente con Alemania e Italia, no creía que, en tanto fuera ministro de Asuntos Exteriores Eden, Inglaterra reconociera al rey de Italia como emperador de Etiopía. Que, a través de la Historia, Francia había sido a menudo sorprendida por acciones de Inglaterra, pero que estaba seguro de una cosa: que Eden odiaba a Mussolini más que a cualquier otro ser humano» (9).

Hasta aquí las palabras de Delbos, recogidas por Bullit y transmitidas a Cordell Hull para el ulterior conocimiento de Roosevelt. En un próximo artículo examinaremos, Dios mediante, con mayor detalle, la gravedad que implicaba la extraordinaria visión por parte del ministro de Asuntos Exteriores de Francia de la política exterior de su país en relación con Alemania y la Unión Soviética.

Pero, ¿no puede constituir un grave punto de meditación la coincidencia esencial entre el punto de vista del ministro Delbos con el mantenido, unos meses antes, en el Gran Oriente, por el «hermano» Delbos?

José-Oriol Cuffi Canadell

(9) Este telegrama es uno de los documentos secretos sustraídos por Alger Hess del Departamento de Estado y comunicado a la U. R. S. S. El texto fué publicado en el diario *La Vanguardia* de 3 de diciembre de 1949.

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

ENCÍCLICA «SEMPITERNUS REX», SOBRE EL CONCILIO DE CALCEDONIA

Con ocasión de cumplirse el décimo quinto centenario del Concilio de Calcedonia, Su Santidad el Papa ha publicado una Encíclica, titulada «Sempiternus Rex Christus». El documento pontificio es una exposición histórica y dogmática del susodicho Concilio, que condenó, como es sabido, la herejía de Eutiques, el cual afirmaba que hubo en Cristo dos naturalezas antes de la Encarnación, y una sola después de aquélla, por haber absorbido, decía, el Verbo al hombre.

Recuerda Su Santidad, que Pío XI conmemoró, asimismo, el décimo quinto centenario del Concilio de Efeso con una encíclica, la «Lux veritatis», y señala, a este propósito, que ambos Concilios, el de Efeso y el de Calcedonia, «se hallan indisolublemente relacionados entre sí, por el hecho de referirse a la misma unión hipostática del Verbo Encarnado».

«Si consideramos atentamente, dice el Papa, el Concilio y sus circunstancias, vemos sobresalir, entre otras, dos cosas que queremos aquí resaltar: el Primado del Romano Pontífice, que brilló resplandeciente a consecuencia de la pravisima disputa cristológica, y la gran importancia y trascendencia, en el aspecto dogmático, de la definición calcedonense. No tarden en prestar el debido acatamiento a aquel Primado, siguiendo en esto las enseñanzas y el ejemplo de sus mayores, los que, por causa de la maldad de los tiempos, se separaron del regazo y de la unidad de la Iglesia, principalmente en los países orientales. Y, por lo que hace a la susodicha definición dogmática, penetrando con la mente más pura en el misterio de Cristo, acéptenla, por fin, íntegra, los que andan envueltos en los errores de Nestorio y de Eutiques, y examínenla más sincera y profundamente cuantos, movidos por el excesivo afán de las novedades, se atreven a escarbar en el misterio por el que hemos sido redimidos, desconociendo los límites que le han sido señalados por modo sagrado e inviolable. Todos, finalmente, los que se cuentan en las filas de los católicos, tomen de ahí un poderoso motivo para cultivar, de espíritu y de palabra, la preciosa margarita del Evangelio, conservando y profesando la fe, libre de toda mancha, añadiendo lo que es de la mayor importancia, a saber, la entrega de sí y de la propia vida, en la cual, quitando con el auxilio de la divina misericordia, toda nota disonante, indecorosa y reprochable, resplandezca el fulgor de las virtudes. De este modo serán partícipes de la divinidad de Aquél que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad.»

CARTA DE SU SANTIDAD AL EPISCOPADO POLACO

«Mediando ya el espacio de un lustro desde que os consagrasteis solemnemente, vosotros, Venerables Hermanos, vuestras creyes y toda vuestra nación, al Inmaculado Corazón de María, a tenor del encendido afecto con el que amamos a la valerosísima y siempre fiel Polonia, deseamos manifestaros lo que de tiempo llevamos metido en el alma, con objeto de evitar y acentuar la confianza que entonces depositasteis en la Madre de Dios y de los hombres y de que os mostréis intrépidos en medio de tantas dificultades...»

Así da comienzo la carta del Papa a los prelados de Polonia, fechada en Roma a 1 de septiembre y aparecida en «L'Osservatore Romano», en el número de 17-18 del mismo mes. Como se desprende ya de la lectura de este primer párrafo, la carta de Su Santidad es un mensaje de aliento y de esperanza para los católicos polacos, en la gravísima coyuntura de persecución en que se encuentran.

Su Santidad participa del dolor que experimentan sus hijos de Polonia ante la muerte de pastores bienamados: el Cardenal Hlond, arzobispo de Varsovia, «conspicuo por la sabiduría y la prestancia de sus obras... que entregó su vida por la patria, por la Iglesia, por el Vicario de Cristo, por Dios»; el Cardenal Sapieha, «que, firme, denodado, jamás se acobardó por la furia de ninguna persecución...: árbol fructífero e inquebrantable, cuya vista era causa de confiada alegría, no sólo para los polacos, sino también para todo el pueblo cristiano»; el Obispo de Luceoria, «dos veces desterrado», el Obispo de Czestochowa, «guardián y legado de la milagrosa imagen de la Santísima Virgen de Claramonte», el Obispo de Vladislavia «que soportó en la pasada guerra tantas y tan grandes calamidades». A continuación, manifiesta Su Santidad los grandes deseos con que esperaba la ida a Roma de los Obispos y fieles de Polonia, con ocasión de la definición dogmática de la Asunción, deseos que no pudieron realizarse por falta de medios, y de los que era natural se hallara poseído el Papa, mayormente «no ignorando, dice, que vuestra nobilísima nación se encuentre unida con estrechísimos vínculos desde hace mil años con la Madre de Dios asunta a los Cielos».

El Papa hace patente su gozo por la reciente visita a su persona de Mons. Wyszinski, Arzobispo de Varsovia y Primado de Polonia, y dice haber sabido por su medio, que la reverencia y la fe del pueblo polaco hacia la Silla de Pedro se mantiene incólume. Asimismo le es conocida

la solicitud de los católicos de Polonia por las dos grandes cuestiones de la enseñanza religiosa de los niños y del problema social. «¡Esforzaos con denuedo!», dice el Papa. «Dios será propicio a los valientes y su Santísima Madre, vuestra Reina, no negará su auxilio al pueblo que tomó bajo su tutela». Su Santidad anima seguidamente a los polacos, recordando las innumerables ocasiones en las que, según consta por la Historia, la Santísima Virgen les hizo objeto de su especial predilección.

«Todavía ahora arde la batalla», dice el Papa en la última parte de su escrito. «No es la vuestra, una lucha contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y la potestad, contra las que rigen este mundo de tinieblas, contra el espíritu maligno, enemigo de las cosas celestes (Efes. 6, 12). Soportáis, en efecto grandes acometidas del enemigo. Pero vela por vosotros la Madre de misericordia, causa segura de salvación, y vuestra esperanza no se verá defraudada por ningún lado. Ella misma, la Virgen poderosa y vencedora de la potestad infernal, os dará esclarecida victoria y conservará indemne el tesoro, de incomparable precio, de la fe, heredado de vuestros mayores; Ella, dignísima de las alabanzas que le dedicáis en uno de vuestros himnos: Terrible es el enemigo, como ejército ordenado en línea de batalla. Sé Tú refugio y puerto seguro de los cristianos.»

SU SANTIDAD CLAUSURA EL CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL DE ITALIA CON UN RADIOMENSAJE

El domingo, 9 de septiembre, tuvo efecto el acto final del Congreso Eucarístico Nacional italiano, celebrado con gran brillantez en Asís. La ceremonia fué presidida por su eminencia el Cardenal Idefonso Schuster, Arzobispo de Milán. En representación del Gobierno italiano asistió el Vicepresidente del Consejo, Attilio Piccioni. Su Santidad se dignó clausurar las sesiones del Congreso con un radiomensaje, del que son, entre otros, los párrafos que siguen.

«Aclamando a Jesús, el Vencedor, sabéis que trabajáis por hacer vuestra su victoria. Vosotros queréis —y debéis— vencer al mundo y a los poderes del infierno, con una vida donde no reine el pecado y cuya ley suprema sea la caridad, esto es, el amor efectivo al prójimo, bajo el signo de Dios. Vida de alto, noble y desinteresado amor fraternal, que ofrecéis a las miradas del mundo, excluyendo de vosotros, en la práctica de vuestra fe, toda nota de insinceridad. Este es vuestro triunfo. Y este es el grande y verdadero triunfo de la Iglesia; la cual triunfa del mundo, del mal y del pecado, allí

ACTUALIDAD

donde sus hijos triunfan de esas fuerzas hostiles. Guardaos del mundo corruptor, quitad los males, alejad de vosotros el pecado, de vuestras familias, y habréis preparado, en lo que de vosotros depende, el triunfo de la sociedad cristiana sobre el paganismo renaciente, deseado por los enemigos de Dios, de Jesucristo y de su obra. Habréis contribuído a establecer una sociedad, que no niegue ya, al menos de hecho, a Dios y a sus leyes, sino que se halle regida establemente por el temor de Dios, en la persona de sus gobernantes, de sus magistrados, de sus maestros y de sus dirigentes de toda clase. Habréis trabajado por el bienestar de esta querida Italia que no puede, no debe, en ningún modo, abandonar su carácter de nación cristiana y católica, ni faltar tampoco a su misión de civilización espiritual, asignada a su historia por la divina Providencia.»

«LA FAMILIA NO ES PARA EL ESTADO; EN CAMBIO EL ESTADO ES PARA LA FAMILIA». DISCURSO DE SU SANTIDAD A LOS PADRES DE FAMILIA FRANCESES

Su Santidad el Papa recibió recientemente, en Castelgandolfo, a un grupo de padres de familia franceses, a los cuales dirigió una importante alocución.

Señaló el Papa que el principal deber de los padres de familia es: «proveer a la conservación de la salud corporal, intelectual, moral y religiosa de la familia y esto, con todo el respeto y el cariño humanamente posible, teniendo en cuenta su integridad, su unidad y la jerarquía que une a sus miembros.»

La regla que ha de presidir los derechos y los deberes de la familia y sus relaciones con el Estado, dice el Papa, está concebida en los siguientes términos: «La familia no es para el Estado; en cambio el Estado es para la familia.» El Estado, explica Su Santidad, tiene el deber de garantizar absolutamente los valores que aseguren a la familia el orden, la dignidad, la salud y la felicidad. Tales valores, que son los mismos elementos del bien común, no se pueden jamás sacrificar por lo que pueda aparentemente aparecer como el bien común de la sociedad. Enumera Su Santidad a continuación algunos de esos valores actualmente en peligro: indisolubilidad del matrimonio, protección de la vida aun antes del nacimiento, habitación conveniente, incluso para una familia normal y numerosa, garantías de trabajo, porque el estar el padre sin trabajo es una de las pruebas más amargas para la familia de hoy, el derecho de los padres de instruir a sus hijos en la verdadera fe y, por tanto el derecho de los padres católicos a la escuela

católica; condiciones de vida pública, especialmente de mortalidad pública, tales que la familia y, sobre todo, la juventud no parezca estar destinada a la corrupción.

En cuanto a los derechos esenciales de la familia, afirma Su Santidad, los verdaderos fieles de la Iglesia deben esforzarse todo lo posible para mantenerlos. Podrá darse el caso de que surja la necesidad de ceder en un punto o en otro ante la superioridad de la fuerza política, pero en este caso no se capitula, se espera. Todavía en tales circunstancias es preciso que la doctrina se mantenga incólume, que todos los medios eficaces se pongan en juego para encaminarse progresivamente a la meta a la que no debe renunciarse jamás. Entre esos medios eficaces, uno de los principales, aunque sea a largo plazo, es, sin duda, la unión entre los padres de familia, de aquellos que tienen unas mismas convicciones y una misma voluntad. Otro es trabajar por orientar a la opinión pública y persuadirla poco a poco, para que se incline al triunfo de la verdad y de la justicia. Para conseguir esta educación de la masa no debe perdonarse ningún esfuerzo. Es más, hay que obligar a esta masa a rectificar y esto con urgencia trágica, porque está pervertida por una propaganda, sin duda, funesta, aunque a veces la hagan los mismos católicos inconscientemente y sin sospechar que están engañados por el espíritu del mal.

«Nos, dice el Papa, queremos hablar aquí de los escritos, libros y artículos, que tratan de iniciación e iniviación sexual, y que a veces obteniendo enorme éxito de librería, invaden el mundo, llegan a la misma juventud, turban a los novios y a las núbiles esposas y se queda uno horrorizado —prosiguió Su Santidad— ante la intolerable desvergüenza de una tal literatura, en todo lo que respecta al secreto de la intimidad conyugal, ante el que el mismo paganismo parecía detenerse.»

EXCOMUNIÓN DE LOS RUMANOS QUE HAN INTERVENIDO EN EL PROCESO CONTRA MONSEÑOR PACHE

—Con relación al proceso seguido recientemente en Rumanía contra el Obispo de Timisoara, la Sagrada Congregación Consistorial ha hecho público un comunicado en el que, con términos claros y precisos se denuncia la incalificable persecución que viene sufriendo desde hace tiempo la Iglesia Católica rumana. «Así, dice el comunicado, todos los obispos no sólo han sido impedidos de ejercer su oficio, sino que, además, han sido con sacrilegos atrevimientos ahorrados en la cárcel, y otros

muchos sacerdotes y religiosos han sido privados de la libertad.» Refiriéndose en concreto al inicuo proceso de que ha sido víctima últimamente Mons. Pache, obispo de Timisoara, la Sagrada Congregación Consistorial declara que «todos y cada uno de los que han cometido semejante delito, aquellos que han inducido a cometerlo o que de cualquier manera han cooperado a él, de suerte que no se hubiera cometido sin su concurso» han incurrido en en comunión «*latae sententiae*»,

EL CARDENAL TEDESCHINI, LEGADO PONTIFICIO EN LA CLAUSURA DEL AÑO SANTO UNIVERSAL EN FÁTIMA

Su eminencia el Cardenal Federico Tedeschini, ha sido nombrado por Su Santidad el Papa, legado pontificio para la clausura en Fátima del Año Santa Universal. Con este motivo han sido dadas a conocer desde Lisboa, las solemnidades dispuestas para su recibimiento en Portugal. El Cardenal será recibido por el Gobierno y el Cuerpo diplomático en la sala de Reis del Monasterio de Alcozaba, en cuya sala capitular le será ofrecido un almuerzo al que asistirán seis príncipes de la Iglesia, entre ellos el Cardenal Primado de España y Arzobispo de Toledo, Dr. Pla y Daniel. Durante su estancia en Portugal, el cardenal Tedeschini residirá en el Palacio de Queluz.

EL MONASTERIO BENEDICTINO DE SAMOS, DESTRUÍDO POR UN INCENDIO

Un incendio originado en las destilerías ha destruído casi por completo el histórico monasterio benedictino de Samos. Todos los esfuerzos realizados así por los monjes como por el vecindario, habitantes de pueblos limítrofes y los servicios de extinción de incendios de Lugo, La Coruña y poblaciones de importancia del contorno, han resultado inútiles para impedir que las llamas redujeran a pavesas el edificio. Únicamente ha podido salvarse la Iglesia conventual, en la que se había instalado recientemente un magnífico órgano. Merced a verdaderos actos de bravura y heroísmo, en los que cooperaron devotos del monasterio y seglares, en general, los monjes han podido rescatar de las llamas las joyas culturales de mayor precio —libros, códices y objetos de arte— de la biblioteca y dependencias similares.

El suceso ha producido hondo sentimiento en Galicia y en España entera, donde el Monasterio de Samos gozaba de auténtico prestigio, por efecto de su antigua y arraigada tradición religiosa y cultural.

HIMMANU-HEL

LEYENDO Y BRUJULEANDO

El último bien y el mal inmediato. - Diplomacia en San Francisco. - Lo que dijo Gromyko y disimuló la prensa. - Aviones modernos en Manchuria y Vladivostok. - ¿MARSHALL CONSPIRADOR? Neutralismo británico. - ¿Estaba previsto?

Del 1.º al 6 de septiembre

EL ÚLTIMO BIEN Y EL MAL INMEDIATO

Se abre en San Francisco la Conferencia internacional convocada para firmar el Tratado de paz con el Japón. El Presidente norteamericano pronuncia en esa primera sesión el discurso inaugural. Vale la pena de recoger un pasaje revelador del mismo:

«Los principios por los que luchamos fueron expuestos claramente por el presidente Franklin D. Roosevelt inmediatamente después de producirse el ataque contra Pearl Harbour, el 9 de diciembre de 1941. En una emisión dirigida al pueblo americano, Roosevelt dijo: «Cuando recurrimos a la fuerza, como ahora, debemos estar decididos a que esta fuerza se dirija hacia el último bien, así como evitar el inmediato mal. Nos encontramos ahora en medio de una guerra no de conquista ni de venganza, sino en favor de un mundo en el que esta nación y todo lo que ella representa esté seguro para nuestros hijos.»

«Este es hoy aquí —prosiguió diciendo Truman— nuestro propósito al reunirnos a firmar el acuerdo de paz... Esperamos conseguir el bien último al que se retiró el Presidente Roosevelt.»

No deja de ser sorprendente la invocación al difunto Presidente de los Estados Unidos, después de haberse desvelado, en parte, las estrechas relaciones que le unieron con Stalin y que hicieron posible sus inicuos acuerdos con la Unión Soviética respecto al futuro de Europa y de Asia. Pero ¿qué debería entender Roosevelt como «último bien»?

También sería interesante saber cómo compagina el señor Truman las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, con lo de «evitar el inmediato mal»...

DIPLOMACIA EN SAN FRANCISCO

Un corresponsal cuenta la extraña impresión que producía la asamblea de San Francisco, al iniciar el señor Truman su discurso. «Asamblea de petrificados» la llama. Las miradas de todos los reunidos se dirigían alternativamente a Truman y a Gromyko, mientras en la sala reinaba un silencio sepulcral. ¿Que iba a pasar?

Pero nada de particular ocurrió por lo que se refiere a la actitud del delegado soviético. En cambio, algo debió trastornar los meditados cálculos de Acheson sobre el desarrollo de la Conferencia.

Una ovación fuera de programa sorprendió a los organizadores, a los cinco minutos de haber comenzado el Presidente de los Estados Unidos su parlamento. «El propio

Truman quedó cogido por sorpresa; su cara de disgusto se reflejó claramente en las pantallas» (de la televisión). ¿Qué había dicho el señor Truman para lograr convertir la «asamblea de petrificados» en un «cónclave que veía, sentía y pensaba»?

Las palabras que recogieron los aplausos casi unánimes de los delegados extranjeros fueron éstas: «Su éxito (el de la ocupación del Japón) fué debido al esfuerzo de miles de hombres, sirviendo bajo el relevante mando del general del Ejército, Douglas Mac Arthur...» La ovación estruendosa que estalló en ese preciso instante duró varios segundos, obligando al Presidente a permanecer callado. Después continuó: «...y a su sucesor general Matthew Ridgway.»

El aplauso no fué muy diplomático, que digamos...

Del 7 al 12 de septiembre

LO QUE DIJO GROMYKO Y DISIMULÓ LA PRENSA

Los delegados asistentes a la Conferencia de San Francisco, excepto los representantes de la Unión Soviética, Checoslovaquia y Polonia, han firmado el Tratado de paz con el Japón. Al terminarse la ceremonia, la bandera japonesa ha sido izada en el edificio del teatro de la Opera, en cuya sala han tenido lugar las sesiones de la Conferencia.

Un periodista preguntó al delegado soviético Gromyko: «Si no ha venido a San Francisco para firmar el tratado, ¿para qué ha hecho usted el viaje?» Gromyko respondió: «Vine para decir la verdad.»

En realidad, la delegación de la URSS fué el centro máximo de atracción en San Francisco. «Cuanto más se observa el desarrollo de la Conferencia, más se percata uno de que a éste como a tantos otros de los últimos areópagos internacionales, los rusos no han venido sino movidos por un propósito propagandístico. Por un lado el sensacionalismo y por otro el papanatismo de la prensa norteamericana, que los rusos saben explotar con primorosa destreza, echan abundante agua a su molino.» Y continúa diciendo el corresponsal que escribe la anterior impresión: «Los mil periodistas norteamericanos viven aquí pendientes exclusivamente de Gromyko, y cada gesto que hace, cada palabra que cuchichea al oído de su compañero o al policía que le acompaña continuamente, y cada cigarrillo que enciende, hace gemir los hilos telegráficos de todo el Continente. Una «troupe» de fotógrafos le rodea permanentemente, y

ayer cincuenta reporteros le siguieron hasta el lavabo.»

¡Qué impresión más extraña no deberá causar a los enviados del Kremlin esa curiosidad superficial de la prensa norteamericana! En cambio, los periódicos en general —y no nos referimos solamente a los de los Estados Unidos— desconocen casi totalmente las tremendas palabras que Gromyko pronunció, terminada la Conferencia, en una reunión con los periodistas. Y Gromyko dijo nada menos:

1) El Tratado de paz con el Japón es sólo un plan para desencadenar la nueva guerra.

2) China, con sus quinientos cincuenta millones de habitantes, no olvidará la violación que de sus indiscutibles derechos ha cometido Norteamérica.

3) Estados Unidos desea utilizar al pueblo japonés como carne de cañón para sus designios agresivos imperialistas.

4) Es imposible conseguir una pacificación de esta zona (el Extremo Oriente) sin que la Unión Soviética participe en el Tratado de paz con el Japón.

5) Quienes han impuesto este acuerdo, se hacen responsables ante el mundo de las consecuencias de su decisión.

¿Qué vaga amenaza encierran esas declaraciones? ¿No sería mejor que la prensa destacara la importancia que puede entrañar la posición de la URSS, en lugar de entretenerse en glosar la característica de los cigarrillos de Gromyko o los trajes de Yoshida?

AVIONES MODERNOS EN MANCHURIA Y VLADIVOSTOK

«Los dirigentes americanos —asegura Joseph Alsop— siguen creyendo, sin excepción, que los jefes soviéticos no quieren la guerra, y se afirman en ello con la tosudez de conferenciantes obcecados. Sin embargo, la temperatura va ascendiendo a causa de los síntomas que tienden a afirmar el deseo enemigo de terminar las conversaciones de Kaesong con otra ofensiva general.»

Y el comentarista norteamericano, estrechamente relacionado con los jefes del Pentágono, plantea las consecuencias de una renovada ofensiva de los comunistas en Corea. «El peligro mayor —afirma—, se encuentra en el aire..., y se trata de algo más grave de lo que mucha gente supone.»

Si llega a producirse el ataque rojo, la intervención del millar de aparatos de aviación que los rojos poseen en Manchuria, provocaría inmediatamente el problema de bombardear aquellas bases; lo cual sería, al parecer, inevitable, confor-

ACTUALIDAD

me a lo acordado antes de comen- zarse las conversaciones de Kae- song. Ahora bien, es muy posible que en el caso de que el bombardeo de Manchuria pusiera a los rojos en un grave aprieto, la Unión Soviética ordenara la intervención de los 3.000 aviones modernísimos que tiene situados en el área de Vladivostok. ¿Qué sucedería entonces?

Téngase en cuenta que la aviación soviética en Extremo Oriente es mucho más poderosa que la norteamericana, lo que representa que los Estados Unidos no podrían «contener» el ataque comunista. Solamente una guerra abierta con la URSS, haría posible inclinar de nuevo la balanza en favor de Norteamérica en el área del Pacífico.

No es extraño que J. Alsop concluya: «A la luz de tales hechos, los riesgos de una renovación de la lucha en Corea aparecen claros para todo el mundo.»

Del 13 al 18 de septiembre

¿MARSHALL CONSPIRADOR?

El secretario norteamericano de Defensa, general George C. Marshall ha presentado la dimisión de su cargo, haciendo constar que su renuncia se basa en «razones personales que no son de salud».

¿De qué razones se trata? Eso es lo que no han aclarado ni Marshall ni la Casa Blanca.

Para el diario francés «L'Aurore», Marshall se ha negado a aplicar la política defendida por Mac Arthur, que, al parecer, se revela por ahora la única posible en Extremo Oriente. «Combat» asegura que la dimisión de Marshall representa la muerte del Pacto del Atlántico, y su sustitución probable por acuerdos de alianza con España y Alemania.

El diario comunista inglés «Daily Worker» ha manifestado su profundo disgusto. ¿Por qué?

Quizá la explicación de la repentina desaparición de Marshall de la escena política norteamericana, la encontremos en las líneas de un discurso que el senador de Wisconsin, Joe Mac Carthy, «republicano y católico», leyó hace aproximadamente unos tres meses en el Senado. En dicho discurso, Mac Carthy «sugería que el general Marshall podría ser, en su aspecto peor, un conspirador contra la seguridad de Estados Unidos, y en su aspecto mejor, una marioneta en manos de otros conspiradores» (1).

¿Qué hay de verdad en esa reve-

(1) «Hablando ante las tribunas atestadas, Mac Carthy dijo en el Senado que los demócratas pueden llamar a Marshall marioneta de la estrategia global, pero que el resultado de esa estrategia ha sido una retirada cuidadosamente planeada. Durante los últimos seis años —dijo Mac Carthy— Estados Unidos ha dejado de seguir el paso de su segunda victoria mundial, y esto tiene que ser producto de una gran conspiración». (Corresponsal en Nueva York de El Correo Catalán, 29 de junio 1951).

ladora acusación? ¿Hasta qué punto la actuación de Marshall ha respondido a la «gran conspiración» que lleva al mundo por derroteros de persecución y tiranía, hacia el mayor desastre? ¿Qué piensa de ello la secretaria del Departamento de Defensa norteamericano, la judía Rosenberg?

MUNDIALISMO Y GOBIERNO MUNDIAL

«En la última reunión secreta celebrada por el Consejo del Pacto del Atlántico, Van Zeeland propuso que el Consejo, que en realidad es ahora un Gobierno internacional de la comunidad del Atlántico Norte, se reúna con más frecuencia, al menos cuatro veces al año.»

La noticia no constituye en realidad ninguna sorpresa, a no ser por la persona que ha sido escogida para hacer semejante propuesta. Desde hace algunos años, y especialmente desde 1945, se viene haciendo una gran propaganda a favor de la institución de un gobierno mundial; se han creado organismos para la difusión de esa idea que cuenta con secciones en diversos países; se publican, en ocasiones, manifiestos firmados por científicos y literatos cuyas simpatías por los principales masónicos y hasta comunistas, son harto conocidas; se editan revistas en diversos idiomas, etc. Tenemos noticias de que en el transcurso del verano de 1950 estuvo en España un tal Follin, para implantar y propagar el mundialismo, visitando en dicha ocasión Barcelona y otras ciudades.

Por otra parte, sabemos que el Pacto del Atlántico tiene un fin político inherente a la defensa de la democracia liberal. No se trata, por consiguiente, de una simple alianza militar, sino que aspira a reforzar el liberalismo como patrón al que han de adoptar su constitución y funcionamiento los demás Estados. Salta a la vista que la propuesta de Van Zeeland encaja perfectamente con los principios que precipitaron la constitución de dicho Pacto. ¿Hasta qué punto la masonería aspira a convertirlo en trampolín para realizar sus oscuros designios de república universal?

NEUTRALISMO BRITÁNICO

En el mismo día en que Morrison pronunciaba en San Francisco su breve discurso lamentando la ausencia de la China comunista en la Conferencia, el señor Attlee dirigía unas palabras a sus electores de Walthamstow. Dijo el jefe laborista:

«Hay gente que habla de la inevitabilidad de una tercera guerra mundial. Hay gente que hace eso en este país y en la otra orilla del Atlántico, y ello es una cosa muy peligrosa. No creemos en la inevitabilidad de la guerra y estamos llevando a cabo el programa necesario del rear-

me para poder evitar, como lo esperamos, el estallido del conflicto.» Y añadió: «Estamos determinados a ser tan fuertes como para poder hablar con Rusia o con cualquier otro.»

¿Para quién habló Attlee? Según un corresponsal en Londres, «Attlee no ha hablado para uso y beneficio de sus electores, sino para los oídos de Moscú y Washington. Acaso, sobre todo, para los oídos norteamericanos». También apoyó la posición adoptada por Morrison, que bien puede calificarse de «tercera posición», de amenaza de neutralidad.

La Unión Soviética parece comprender la situación de la Gran Bretaña, y es posible que adopte alguna decisión que se concilie con el neutralismo de aquélla, es decir: «Que la guerra se propague bruscamente por Asia, y que Europa —si no es atacada por la URSS— se desentienda del conflicto. ¿Pueden vencer los Estados Unidos solos? Si así es —agrega el corresponsal citado—, el mundo puede salvarse a pesar de la deserción europea. Mas si los Estados Unidos pierden —y pierden porque en el momento decisivo Europa no echó sus fuerzas, pocas o muchas, en la balanza—, si pierde porque falló ese granito de arena capaz de inclinar los platillo en su favor, entonces habrá perdido también la guerra sin haber tratado, tan siquiera, defender su existencia» («Solidaridad Nacional»).

¿Tendrá alguna relación la actitud británica con el extraño desarrollo de las conversaciones de Kaesong?

¿ESTABA PREVISTO?

Teatro de la Opera de San Francisco. Día solemne de la firma del Tratado de paz con el Japón.

En el fondo de la sala donde se ha reunido la Conferencia, «una mesa de estilo modernista, de color amarillo canario, parecida a esas que usan los dibujantes imitadores de Picasso. Al lado de la mesa una silla, y sobre la mesa el texto del Tratado con una caja de plumas estilográficas».

Comienza el acto. El primero en acudir a firmar es el delegado de la Argentina, doctor Hipólito Jesús Paz. Un secretario saca una de las plumas estilográficas de la caja y la entrega al delegado; después de firmar dice a éste que puede quedarse con la pluma. La operación se repite con los otros firmantes.

Pero «cuando los delegados se dieron cuenta de que regalaban plumas al que firmaba, los firmantes se multiplicaban, y de algunos países, como la rojiza Guatemala, compartieron cuatro vestidos con unos trajes semitropicales y unas corbatas alegres muy en carácter para una banda de «jazz».

No dice la información si hubo suficientes plumas; aunque, posiblemente, el caso estaba previsto...

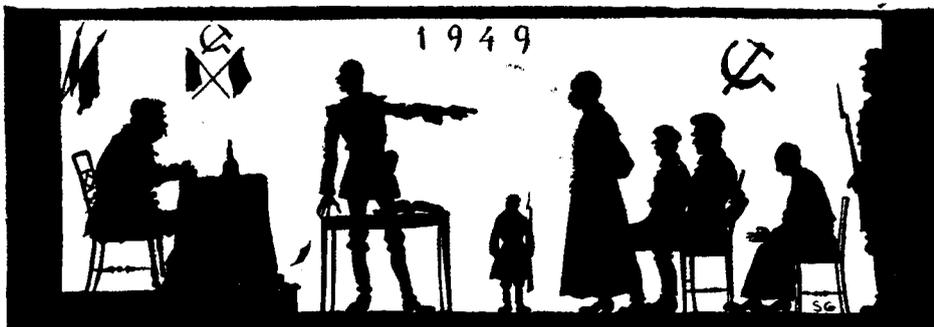
SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIASTICA

**LA SOMBRA
DE
BELA KUN**

por José-Oriol Cuffi Canadell

Precedida de una carta al autor,
del Excmo. Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona



2.ª edición, agosto de 1950 - Precio: 10 pesetas

SAPHIL

Tarrasa - Madrid - Ripoll

José María Minoves Fusté

*Sucesor de
Salvador Fusté Teixidor*

Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón

en

BESSACHS

(Gironella)

Regtor

NEGRA Y TORT

PRODUCTORES DE MATERIAL
FOTOGRAFICO SENSIBLE



*Visite las Cuevas
de Artá*

SUMA CONTRA GENTILES

DE

SANTO TOMAS DE AQUINO

conocida también como

SUMA FILOSOFICA

POR PRIMERA VEZ EN CASTELLANO

en edición completa. Versión directa del
latín por M. M. Bergadá para esta edición.

Revisada, anotada y con las debidas licencias,
Obra cumbre de una de las mayores inteligencias
de todos los tiempos.

Edición dirigida por el R. P. ISMAEL QUILES
Dividida en 4 tomos.

Precio de la obra en Rústica, 8 dólares. Encuadernado,
10 dólares. Para España, 200 pesetas y 260 pesetas,
respectivamente.

Publica; CLUB DE LECTORES
Aristocracia en Libros

Rivadavia, 536 - Buenos Aires - Argentina - Tel. 34-6251

Editores de la

SUMA TEOLOGICA

DE

SANTO TOMAS DE AQUINO

Obra completa en 20 tomos cuya edición ha estado a
cargo de los RR. PP.

Leonardo Castellani - Antonio Ennis - Ismael Quiles

La división de 20 tomos responde al deseo de
que cada volumen desarrolle un tema completo.

José Fontanals Hill
Hermanos

♦ ♦

FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦

ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17

Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25

BARCELONA